

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 15 de Diciembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Paisaje y educación.....	Amanda Labarca H.
La República de los profesores.....	Andrenio
La reducción de los presupuestos de gastos es signo de fracaso.....	José Vasconcelos
Amigo y educador.....	Cristián Rodríguez
Hoover va a Suramérica.....	R. Blanco Fombona
El llega.....	
El discurso de Hoover.....	
Cartas hiperbóreas.....	José Rafael Pocatererra
Los indólatras.....	Leopoldo Lugones
Apostillas.....	A. Torres Ríoseco

Confraternidad.....	Jorge Cardona
La Doctora Isabel Creus.....	Lola de Esquivel de la Guardia
Dos poemas.....	Isabel Creus
Elogio de López Merino.....	Pablo Rojas Paz
Rafael Maya en la Literatura continental.....	José Umaña Bernal
Sus mejores poesías (y 5).....	J. M. Eguren
Margarita Ogilvy (6).....	James M. Barrie
Fantoches.....	Francisco Amighetti
Tablero (1928).....	
Mensaje a la ciudad de Heredia.....	J. J. Salas Pérez

MEDITACIONES BREVES

Paisaje y educación

No hace mucho, transitaba yo con una amiga mejicana por el camino que conduce de Santiago a Apoquindo. Bajo el gris de los nublados primaverales lucían los campos su traje verde, más fresco y más invitante que nunca. Elevábanse a pequeña distancia los cerros salpicados de huiltes y en el fondo, como de costumbre, la cordillera engrifaba las vértebras de su espinazo gigantesco. Aproximábase la puesta de sol y las nieves ya comenzaban a teñirse de rosa para despedirlo.

En la caricia del paisaje, los muros de adobones que flanquean el camino nos dañaban como enemigos. De ir a pie —como lo hubiéramos preferido— ellos nos habrían negado todo contacto con la belleza circundante. Toscos, áridos, derruidos a trechos y a trechos erizados de alambres de púas, se habrían interpuesto entre nuestra visual y el paisaje, encajonándonos en el polvo de la carretera.

Interrogué a mi amiga mejicana:

—En tu tierra, ¿también usan estos muros?

—Por cierto, los encuentras en toda la América española.

En rápido contraste, evoqué los campos de California, de Maine, de Inglaterra y Escocia por los cuales he vagabundado con tanto deleite. Ninguna pared sofoca allí al viandante. Se dilatan los campos de heno, de cebada o de trigo desde el borde mismo de la cinta embetunada del camino real. No hay cercas que se alce como guardianes entre una propiedad y otra, entre el jardín de un *cottage* y el corral de una granja. Y de esta suerte, el paisaje se ofrece al viajero como una dádiva sin restricciones.

—¿No crees tú que los muros de adobones y las cercas de púas revelan una falta de educación? Porque, una de dos: tú puedes defender tu predio alzando muros tan recios que intimiden al ladrón, o enseñando a la gente a no robar. El primero es el procedimiento individualista al alcance del momento. El otro requiere más tiempo y acción colectiva perseverante; pero a la postre es muchísimo más seguro. Y no es que el hombre sajón sea por esencia más honrado que nosotros. Ha tenido una educación diversa. Recuerda, si nó, la historia de In-

glaterra. En los siglos medioevales y en los comienzos de la edad moderna, las mesnadas inglesas eran tan dadas al pillaje como las de cualquiera otra nación. ¿Y quién no recuerda que los más grandes piratas llevan los nombres de Sharp, de Morgan y otros igualmente sajones? Mas, desde el siglo diez y siete, comienza la horca su siega de bandidos. Luego, el robo más insignificante es penado con sangre o con azotes. Prosigue esa política por unos cien años y habrás forjado un pueblo con el hábito de mirar como sagrada la propiedad del vecino. Después, el hábito se cultiva virtuosamente, se eleva al rango de honor nacional y tendrás el motivo de por qué el paisaje sajón no esté parcelado por estos adobones que hablan de desconfianzas, de recelos y de latrocinios.

—Y ya que hablas tú de educación y paisa-

je, responde mi amiga, no te ofenden igualmente los *ranchos*? Su supervivencia es el signo más claro de la incultura ambiente. Ustedes y nosotros pretendemos atraer al turista extranjero. Pero a mí —chilena o mejicana— me avergüenza que vengan a ver a mi pueblo —carne y sangre de mi raza— cobijándose en las pocilgas que tenemos a la vera de todos los caminos. No nos hemos alejado ni un cuarto de hora de la capital y ¡mira a tu alrededor! Para contemplar las delicias del paisaje tenemos que pasar por encima de la miseria y de la mugre. Fingir que no las vemos; olvidarnos de que existen.

—Nos hemos familiarizado con ellas tanto que ya no nos extrañan.

—Pero te ha bastado pasear unos cuantos meses por campos sin barreras para que estos adobones te ofendan. A los que nos visiten, seguramente les chocarán muchísimo más los *ranchos* en que retozan juntos arrapiezos, perros y lechoncillos...

No repuse nada, pero seguí meditando en la fealdad que la incultura del hombre pone en la hermosura del paisaje.

A m a n d a L a b a r c a H.

Santiago de Chile, noviembre de 1928.

La República de los profesores

=De *La Voz*, Madrid, =

EL libro de M. Albert Thibaudet *La République des professeurs* contiene algunas observaciones sagaces y algunos augurios acerca de la política francesa. Monsieur Thibaudet, como saben los que siguen el movimiento de las letras francesas, es un excelente crítico literario, un crítico que tiene espíritu y facultades de historiador.

Le escuchamos en el Instituto Francés de Madrid durante el curso pasado unas notables conferencias acerca de la literatura francesa contemporánea.

La dificultad de la historia contemporánea es la multitud de hechos sin clasificar, que no están colocados todavía en una perspectiva histórica, Monsieur Thibaudet, guiado por su espíritu sintético, en vez de disertar en sus conferencias sobre algunas obras y algunos autores sobresalientes, procuraba señalar el proceso histórico de los hechos,

mostrando la parte que correspondía en la distribución de los géneros a las provincias y a París, la sucesión de las escuelas y la organización de la vida literaria.

Aunque el dominio de la Historia es el hecho concreto, singular, tiene también la Historia su parte orgánica y constructiva. El hecho no ocurre aislado, en una disgregación atómica, sino que forma parte de series y de procesos generales. Por eso se puede decir que la Historia parte de la erudición a la sociología, que es su fase constructiva, la resultante y el coronamiento de la indagación histórica.

Monsieur Thibaudet discurre con lucidez acerca de la política. Su libro *La République des professeurs* es un estudio de sociología política de la Francia contemporánea. La República de los profesores es Francia. Cuenta el autor que hallándose en Londres,

donde había ido a dar unas conferencias, el embajador de Francia, M. De Saint-Aulaire, le dijo: «Habrán usted visto que la Escuela de Derecho y la de Ciencias políticas ceden el paso a la Escuela Normal». Los *normaliens*, tan influyentes en la literatura, habían conquistado el Poder. Herriot, Painlevé y Blum sucedían a los juristas como Poincaré y Millerand.

Según M. Thibaudet, la influencia de los profesores en la República triunfó a consecuencia del asunto Dreyffus. El Cuerpo docente fue, en general, revisionista, y era natural que lo fuese, por estar más libre de prejuicios, tener una mayor disciplina lógica e ideas más claras de la justicia social. La ciencia, sea de la naturaleza o del espíritu, supone el ejercicio de la crítica. El hábito de la crítica, una vez adquirido, se aplica lo mismo a los sucesos del foro que a las experiencias de laboratorio o el examen de las fuentes históricas.

En un Estado democrático y secularizado es natural que a los dignatarios de la nobleza y de la Iglesia sucedan en las altas funciones públicas los profesores y los jurisconsultos, los hombres que poseen preparación científica y, en general, alta capacidad intelectual, y los consagrados al ejercicio del Derecho. También en nuestra sombra de República y en nuestros momentos pasajeros de régimen democrático se destacaron los profesores. Dos de los presidentes del Poder Ejecutivo en la República española fueron catedráticos insignes: Castelar y Salmerón.

En cuanto el Estado adquiere alguna complejidad se impone la busca de capacidades para las funciones del Gobierno. El gobierno de los juristas en la monarquía absoluta no fue solamente una reacción del poder unitario contra el señorío de la nobleza, sino el ingreso de las capacidades. Las letras divinas y humanas, y entre las últimas principalmente, la jurisprudencia, representaban en la primera época de las grandes monarquías el saber de la época. La economía llega más tarde. Por eso teólogos y juristas son los consejeros de los reyes aunque se interponga a veces la figura de un gran señor o de un capitán.

En Francia, el Gobierno republicano se apoya, según M. Thibaudet, en una *hetairocracia*, es decir, en una organización de comités, a los cuales, para formar correctamente la palabra con raíces griegas en la serie u orden de las *cracias*, aplica el nom-

bre clásico de *hetaerías* o hermandades. Como el *cancus* americano, el *cadre* francés forma la trama de la organización política.

En provincias, el profesorado republicano ha llegado a ser el más influyente de los elementos intelectuales, pues el pueblo y la pequeña burguesía son hostiles a todo gobierno clerical o monárquico. Esto hace que los partidos radicales, cuyas ideas son simpáticas a las masas, conquisten con facilidad el Poder en las elecciones y lo pierdan con la misma facilidad, porque el idealismo de los radicales —usando esta palabra no como denominación concreta de un partido, sino en sentido general— choca con las realidades económicas. Monsieur Thibaudet prevé que habrá un nuevo Ministerio Herriot, al que sucederá otro Ministerio Poincaré u otro Ministerio Briand.

Lo más importante para la solidez de la democracia francesa es la existencia de la *hetairocracia*, como dice el autor de *La République des professeurs*. Los cuadros provinciales son sólidos; representan una ciudadanía activa y vigilante. Por eso en los momentos más críticos, como el de Panamá, el de la agitación boulangierista o el del asunto Dreyffus, los enemigos de la República no pudieron nada contra ella. El aldeano francés, la burguesía provincial y las masas obreras se hubieran levantado para defenderla. Esa misma existencia de cuadros, gracias a la cual se destacan las capacidades en las organizaciones locales, contribuye al hecho, en apariencia sorprendente, pero que es el resultado de la selección democrática, de que Francia encuentre siempre el hombre necesario y tenga en su personal político, proporcionalmente, más capacidades que los otros pueblos.

De este modo, en *La República de los profesores* concurren los dos requisitos esenciales de una democracia normal: la base popular y la selección de capacidades. Gobierno la cultura con la voluntad del pueblo. El autor del libro a que aludo supone que las izquierdas francesas, privadas de una *plataforma* popular desde que el laicismo ha llegado a ser una realidad consumada, se orientarán hacia la escuela única y la Sociedad de Naciones. Es un buen programa. La escuela única significa un gran avance cultural para fundir las clases sociales y consolidar la igualdad republicana, y la Sociedad de Naciones representa la política de la paz.

Andrenio

La reducción de los presupuestos de gastos es signo de fracaso

=De El Tiempo. Bogotá=

YA casi hemos perdido la noción de lo que es éxito y de lo que es fracaso. Para el político y para el aventurero, éxito es conservarse en el poder y mantener alejados del poder a los enemigos. Para el troglodita existe, además, el exterminio de los rivales, la supresión de los obstáculos, aunque con ellos se suprima la justicia. Pero el éxito del estadista, el éxito nacional es cosa bien distinta.

Aun sin hablar de libertades y derechos y aun suponiendo que pudiera ser justificable una suspensión temporal de las libertades y las garantías, es evidente que uno de los síntomas del éxito es el incremento de la prosperidad. Particularmente en estos tiempos en que por acuerdo común, la humanidad se ha propuesto resolver los pro-

blemas del cuerpo, el éxito temporal, la prosperidad económica, deben ser el signo y la única prueba del acierto político. Y la mejor manera de estimar el éxito o el fracaso de la nación en materia económica, se encuentra en la observación de nuestros presupuestos. Cada año hemos ido reduciendo el presupuesto, cada año se ha ido empobreciendo el gobierno.

Desgraciadamente las reducciones de presupuestos no son signo de que se va logrando mayor eficacia en la administración, ni podrían serlo, sino que son pruebas del desastre económico de la nación; desastre cuyos orígenes deben buscarse en las complejas causas de la política equivocada y de la administración ignorante y desorientada.

La prueba más evidente de tal desorien-

tación nos la dan quienes han estado proclamando como un triunfo administrativo cada uno de estos recortes desproporcionados del presupuesto nacional, que implican, como ha ocurrido una y otra vez en el ramo de la educación pública, una disminución, en otros casos una supresión de los servicios educacionales. Independientemente de casos particulares es indudable para cualquiera que no sea un cretino, que reducir presupuestos es acortar las posibilidades reestructurativas de un gobierno. Particularmente entre nosotros, donde la iniciativa privada es casi nula, la única esperanza de salvación estaría en un régimen de administradores honrados que a la vez supieran estimular la producción a fin de que los ingresos aumentasen y con ellos los egresos, dado que los egresos representan o deben representar servicios. Lo más triste de la situación contemporánea es que han disminuido los egresos, pero no por eso se ha aliviado la carga del contribuyente. Al contrario: se pagan hoy en la República contribuciones más crecidas en todos los ramos, que las que se pagaban hace veinte años y hace tres. Y es que en un esfuerzo desesperado y desatinado por salvar una situación que sólo podría salvarse con un cambio de métodos gubernamentales, se ha recurrido al sistema de aumentar el impuesto, a la vez que se suprimen o se asolvan las fuentes de producción.

Se ha querido que los trabajadores paguemos lo que dejan de producir las rentas, pero como por todas partes han disminuido las oportunidades de trabajo y la capacidad productora de las distintas industrias, resulta que el aumento de contribuciones pesa sobre los pocos que se han quedado trabajando en las mezquinas industrias que nos restan. Y estamos llegando al régimen turco, que como todo el mundo sabe, se caracteriza por el hecho de que perduran gobiernos ricos o relativamente ricos en el seno de poblaciones reducidas a la miseria. Económicamente no hay peor país que aquel donde sólo son ricos los funcionarios y los hombres de gobierno y de la política. En los pueblos civilizados, la riqueza está repartida entre los habitantes y el gobierno aunque dispone apenas de sumas modestas para el pago de sus servidores. Al contrario, ocurre siempre el aparente absurdo de que allí donde no hay dinero para los servicios nacionales, sí lo hay para pagar el lujo de funcionarios que acaparan con una mano la riqueza de los escasos negocios tolerados y con la otra la espada que protege la seguridad de las ganancias. Se produce cada vez que esto ocurre, una depresión en los negocios; ocurre enseguida la emigración de los capitales y de brazos; viene la pobreza general y con ella la reducción de las rentas del estado y con la reducción de las rentas, la incapacidad del gobierno para resolver siquiera alguno de los problemas urgentes de pueblos como el nuestro que están en el comienzo de su desarrollo.

Y porque estamos en los comienzos de nuestro desarrollo, porque tenemos más recursos que hombres, debiera ser la regla entre nosotros, como es la regla en los demás países del continente americano, que los impuestos fuesen aumentando de una manera invariable año por año.

Hay pueblos para quienes es un deber gastar más, cada vez más; este deber no se discute en los pueblos que van hacia arriba. La Argentina se enorgullece de sus crecientes egresos. Los Estados Unidos tienen el mayor tesoro de la tierra, pero no atesoran, lo gastan en las diversas necesidades de la vida colectiva; en todas partes se reconoce como síntoma de prosperidad y de triunfo el hecho de que se puedan dedicar grandes sumas a la educación, a obras públicas, al ensanche de la industria o del desarrollo agrícola. Un gran

empresario cada vez más rico necesita ser el gobierno en el Brasil a fin de desarrollar las enormes potencialidades de la nación. Como un desastre se vería en la Argentina, en los Estados Unidos o en el Brasil, el hecho de que el presupuesto de egresos bajase año tras año. Y no se dejaría engañar allí nadie, con el sofisma pueril de las economías, como no se salva de la declaración de quiebra el comerciante que despide sin pagar a sus dependientes. No sé qué leyes económicas peculiares rigen nada más para la nación mexicana, las cuales nos permiten anotar y proclamar como un triunfo administrativo cada uno de los recortes del presupuesto.

Sólo un criterio invertido puede empeñarse en ver rosado lo que es oscuro. Cada

presupuesto rebajado marca con letra indeleble el fracaso de los tanteos, la ignorancia y la ineptitud, a la vez que la general decadencia de una época que tanto se parece a la agonía de las largas enfermedades.

...Es inútil tratar de convencer a quienes tienen interés en no ser convencidos, pero la nación que sufre y desespera debe recordar que posee recursos enormes que sólo esperan el trabajo honesto y la energía inteligente para ser desarrolladas. La nación sabe que han de venir gobiernos que no tendrán ni tiempo de estar hablando de sus éxitos fingidos o reales, porque cuando el éxito llega, por sí solo habla con la elocuencia de su realidad, con la evidencia de la abundancia.

José Vasconcelos

Amigo y educador

(Carta a Doña Teresa de Dengo, en Heredia).

Nueva York, 19 de noviembre de 1928
(Media noche)

Mi querida Tere:

Tengo a la vista un cablegrama de Octavio que dice: *Omar murió*. El sobre lo abrí hace más de una hora. Aunque fué recibido aquí a la 1 y 35 p. m., el mensajero lo puso en un buzón equivocado, donde estuvo algunas horas. Había estado esta noche escribiendo en máquina a Octavio, y antes de acostarme resolví salir a tomar el aire. Al salir al zaguán vi un sobre en otro buzón, que reconocí ser un cablegrama. Lo saqué, vi que era para mí y estuve un rato con el sobre en las manos, sin atreverme a abrirlo. Cuando uno vive fuera de su tierra pasa en continuo sobresalto y un cablegrama presagia casi siempre una mala noticia. Lo abrí, lo leí y me quedé aturdido, sin atinar a hacer nada. Lo leí, lo releí y a pesar de ser tan corto el despacho, me parecía que esas dos palabras, *Omar murió*, no tenían sentido. Por un instante me pareció que había sufrido un lapso en la memoria. Perdí toda acción y permanecí largo rato reclinado a la pared. Luego hice un esfuerzo por incorporarme y de nuevo traté de darme cuenta de lo que pasaba. ¿Estaba yo en mi juicio? Hasta llegué a perder la noción de dónde estaba, como cuando uno despierta de un sueño pesado, habiendo dormido de día. Fué una conmoción extrañísima. Luego comencé a ver más claro: Omar es un amigo mío y Omar ha muerto. Esto me lo avisa Octavio, otro amigo, que sabe por qué me da esa noticia. Hasta aquí había permanecido impasible, pero pasado ese aturdimiento no pude más y me solté a llorar como un niño. Una emoción del más profundo dolor, como no la he sentido jamás, se apoderó de mí, y mi dolor fué creciendo cuando fui comprendiendo lo que esa noticia significaba. No tenía una alma con quien compartir mi dolor. Luego pensé en Ud., en Jorge Manuel, en Omarcito, en la niña que no conozco, en mis amigos, que también lo fueron de Omar. Hice un esfuerzo, me enjugué las lágrimas y tomé el ferrocarril subterráneo hasta la calle 104, donde salí a la superficie, —consternado— y continué caminando hasta la 107 y Broadway, donde hay una oficina de cables. Allí, sollozando todavía, le puse un despacho que recibirá mañana por la mañana, muchos días antes de recibir la presente. Salí de la oficina y luego recordé que debía también cablegrafiar a Octavio. Me devolví y puse otro cablegrama. No recuerdo qué dije, pero cualquier cosa que haya dicho no podrá expresar el terrible dolor y desolación que me embarga. He re-

gresado hace un momento y he estado llorando nuevamente en el baño. He visto el reloj y son las dos de la mañana. Pensé llamar por teléfono a Torres, pero es muy tarde. Hoy vi a Torres y estuvimos conversando precisamente de Omar, de su viaje a los Estados Unidos en el invierno de 1915, cuando vino a este país y visitó en Concord, la tumba de Emerson, otro espíritu de la misma estirpe que él. Me contó Torres que los había llevado a Sussex, a él y a Octavio,

y que le había ofrecido dinero a Omar, para que prolongara su estada en Nueva York. Pero Omar declinó el ofrecimiento. Cuando de esto hablábamos, Omar había muerto hacia varias horas y sin saberlo nombrábamos a un difunto. Recuerdo ahora el entusiasmo con que leíamos las cartas de Omar, Ud., entonces apenas su prometida, y yo, amigo y admirador de Omar. Recordé los comentarios que hacía sobre la tripulación del barco, sobre la gente de color que manejaba los cabos. En esa gente sucia, malhablada y tosca, reconocía Omar la hermandad del hombre con el hombre. Entretenía sus ocios en el vapor leyendo un libro de Pío Baroja sobre cosas de mar. También pasó por mi recuerdo la memorable presentación, en las Conferencias de la Sociedad de Instrucción y Recreo, de la que más tarde había de ser su esposa. Esa noche Omar, con admirable talento dramático, y demostrando dotes de verdadero poeta, relató la melancólica historia que sirve de tema a *Constanza*, el bellissimo poema de Eugenio de Castro. También recordé sus conferencias filosóficas, en un salón de la Escuela Juan Rafael Mora, cuando hizo síntesis filosóficas, que todavía me sirven de guía. Durante sus primeros años de su carrera en el profesorado, —en el Liceo— hubo pequeños intervalos de extrañamiento en nuestra amistad. Yo tomaba muy en serio el aparente alejamiento de Omar, pero él procedía sin mayor intención. Quería corregir mi incorregible bufonería. Pero luego nuestra amistad se reanudó con más fervor, y tuve el privilegio de seguir muy de cerca a ese hombre admirable, que pareciera arrancado a los Diálogos de Platón. Como Sócrates, fué Omar sobre todo un parteador de inteligencias, y mi deuda para con él, por el entusiasmo que despertó en mí por la filosofía y la literatura, es incalculable. En ese tiempo era Omar todavía muy joven, pero su erudición y su sabiduría eran ya prodigiosas. Era pálido—siempre lo fué—, usaba melena, una melena muy particular, que cuadraba muy bien a su perfil, no la melena del bohemio. Usaba cuello bajo y una corbata negra, de pañuelo, como la de Baroja. Su sombrero era también típico, lo mismo que sus ademanes y el timbre de su voz. Tenía un corazón de oro. Su ironía, aunque punzante, nunca fué cáustica. Tenía la mansedumbre de un Nazareno, pero como éste, sabía encolerizarse, y su ira era tonante. Era un gran enterado. No sé cómo ni cuándo tenía tiempo para leer. Leía muy de prisa, cuando leía para sí, y poseía un poder de asimilación como nunca he conocido.

Ahora me he sentado a escribirle. Hubiera deseado escribirle algo bien dicho, lleno de ternura. Pero no me siento bien. Me siento torpe. ¿Ud. me dispensa, no? Ahora Ud. dispensa todo. Mi pensamiento ha estado vagando y tengo que hacer un gran esfuerzo para no deshacerme nuevamente en llanto. Si pudiera gritaría. Pero en Nueva York hay que sufrir en silencio. Quizás sea mejor, pero me duele el pecho de aguantar el llanto. Se me ha desbaratado una de mis grandes ilusiones, ahora que pensaba regresar a Costa Rica. Mi tierra ya no será la misma. Falta Omar; Omar, ese enorme amigo y gran educador, que ha desaparecido para infortunio de su patria. Esta clase de hombres nacen muy de cuando en cuando. Costa Rica tenía sólo un ejemplar de esta clase de hombres. Ahora ya no tiene ese ejemplar. Yo había soñado—no imaginado—soñado en sueños—que regresaba a Costa Rica, y la primera casa en que me veía a mi regreso, en el ensueño, era la casa de Omar. Iré a esa casa, pero no encontraré al amigo, al maestro, al compañero, al que era más que hermano, yo que no tengo hermanos en mi madre. ¿Por qué no regresé antes, para ver vivo al amigo? ¡Este hombre, Omar, ha significado tanto en mi vida! Cuando oí por primera vez su nombre, en época que no

N.º 39

EL CONGRESO CONSTITUCIONAL
DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA

En atención a los eminentes servicios prestados al país en el magisterio por el Profesor don Omar Dengo, quien dirigió con notable acierto y alta devoción científica y patriótica la Escuela Normal de Costa Rica,

DECRETA:

Artículo único.—Asígnase a la viuda del Profesor don Omar Dengo Guerrero, señora doña María Teresa Obregón Zamora de Dengo y a sus cuatro hijos, Jorge Manuel, José Omar, Gabriel y María Eugenia, una pensión mensual, en conjunto, de quinientos colones (¢ 500-00) a cargo del Tesoro Público.

COMUNIQUESE AL PODER EJECUTIVO

Dado en el Salón de Sesiones del Congreso. — Palacio Nacional. — San José, a los veintisiete días del mes de noviembre de mil novecientos veintiocho.

ARTURO VOLIO
Presidente

ASDRÚBAL VILLALOBOS
Primer Prosecretario

J. PADILLA
Segundo Secretario

San José, a los treinta días del mes de noviembre de mil novecientos veintiocho.

Ejecútese

CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ

El Secretario de Estado
en el Despacho de Hacienda,
JUAN RAFAEL ARIAS

puedo precisar, se me antojó que se trataba de algún personaje ya famoso, quizás muerto. Ignoraba que Omar Dengo fuera un compatriota, un joven con quien se podía hacer amistad. Tengo muy presente en la memoria el incidente que dió lugar a mi *descubrimiento* de Omar. Algún día referiré al público ese incidente, con otros detalles que den a conocer mejor al país, y a la América, quién fué este raro huésped del mundo que murió cuando tanto bueno se esperaba de él, fuera de su obra educativa ya realizada. Yo no me siento capaz de reconstruir, para el público, la vida de ese pequeño grande hombre; y digo pequeño, porque pequeño es nuestro país y todo aparece en él pequeño, aunque sé que su estatura espiritual y mental no desmerece en cualquier país, por grande que sea.

Pocos días antes de su muerte sentí deseos de comunicarme con él y le escribí, medio en serio, medio en broma. Lamento no haberlo hecho con toda seriedad. Mi carta

fué la última y sin duda ha quedado sin contestar. Si alcanzó a contestarla, será muy doloroso para mí recibir una carta póstuma, pero la guardaré como un tesoro.

Como quise decirle antes, ambiciono poder trabajar—cuando sea digno de ello—en un esbozo biográfico de Omar, y si una vez más tranquila, ese proyecto merece su aprobación, sírvase avisarme, para comenzar a ordenar algunas notas. La vida de Omar ha sido sencilla en sus detalles biográficos. Su biografía es interior. Esta es una tarea que debemos hacer, si no yo, cualquiera otro de sus amigos, o todos en colaboración.

Perdone si he sido incoherente, pero me siento incapaz en este momento de coordinar las ideas. Ud. Sabe cuánto quise al hombre que fué su esposo, y cuán profundamente me afecta su muerte.

Me pongo a sus órdenes, si en algo puedo servirle, y créame su siempre afmo. amigo y servidor.

Cristián Rodríguez

203 West 87th St.
C/o. Mrs. Quinn.
New York City.

Hoover va a Suramérica

=De El Sol. Madrid=

EL presidente electo de los Estados Unidos, Sr. Hoover, anuncia un viaje oficial a los países del extremo sur de América antes de encargarse de la presidencia.

Desde ahora y desde aquí podemos presumir el objeto de la visita. Hasta podría precisarse, no sólo el tema de las conversaciones oficiales, sino aun las palabras, aun el tono de las conferencias. Y no por espíritu de adivinación, sino por sencilla lógica inductiva. Pero demos de lado las palabras y el tono. Nos basta con el tema de las charlas, es decir, el objeto de la visita.

El objeto de la visita se reducirá, en dos platos, a neutralizar con palabras y promesas lisonjeras la actitud que pudieran asumir aquellos países por la política que desarrollará, con respecto a una gran parte de América, el próximo Gobierno «republicano», nacionalista, de los Estados Unidos, presidido por un hombre de acción de la audacia de mister Hoover.

Es decir, el Sr. Hoover va a dividir para reinar. Y tratará de seguir la vieja política de los yanquis con los hispanoamericanos—que es la política del anti-Bolívar—. Esa política consiste en insolidarizar a aquellos pueblos entre sí... Y además separarlos de la Europa latina.

Los estados del sur de América conocen esto tan bien como el mismo Hoover. La habilidad y la política de los Estados Unidos y de sus hombres de Estado se emplea en convencer a pueblos, que pueden y saben ver claro, de que deben conducirse con respecto a los Estados Unidos como los negros del Africa con respecto a Europa: de modo que los Estados Unidos se vayan apoderando de los unos primero, de los otros después, hasta subyugarlos a todos.

Esta política les ha dado excelentes resultados. Mientras los Estados Unidos despojaban a Méjico, a promedios del siglo XIX, las demás repúblicas de América apludían, encantadas y candorosas, «los progresos de Norteamérica».

Más tarde, a Méjico, bajo Porfirio Díaz, se le decía que era un país de orden y de progreso; se le comparaba con los pueblos anglosajones y se le hacía sumarse a los Estados Unidos en sus reclamaciones contra algún pueblo hermano del Sur.

Ahora toca el turno de ser víctima a pue-

blos comprendidos entre Bolivia y el Río Grande; y el turno de ser halagados, a otros pueblos.

El triunfo espléndido, aplastante, por veinte millones de votos, del candidato «republicano» imperialista contra el candidato moderado, Sr. Smith, a pesar de las dotes y simpatías personales de éste, prueba—y debe probarlo, sobre todo, a los ilusos americanos—que en el alma de los Estados Unidos se ha operado un cambio radical y que el imperialismo no es mal de unos pocos, ni siquiera de un partido, sino enfermedad nacional. Con esta nueva realidad debe contarse, en vez de excusarla con palabras o encubrirla con quimeras.

Nuestros amigos personales en Yanquilandia contribuyen al engaño con su buena voluntad.

Nos dicen:

«Se trata de unos cuantos políticos ambiciosos, de unos cuantos banqueros de Wall-Street, de unas cuantas compañías petroleras. La inmensa mayoría del pueblo saxoamericano es amiga del resto de América y quiere la amistad y la prosperidad de aquellas repúblicas».

Ahora vemos claro que no es así.

Al candidato Sr. Smith, que propone y ofrece a los votantes buenas relaciones de amistad y respeto con las repúblicas del Sur, se le da de lado y se elige presidente al candidato imperialista, señor Hoover.

Se dirá que no era el único punto de divergencia entre los postulantes. Es verdad. Hay una cadena de cuestiones nacionales e internacionales que constituyen la ideología de uno y otro candidato. Y el pueblo de los Estados Unidos ha optado por la cadena de la fuerza nacionalista, militarista, prohibicionista, imperialista, de *América ubër alles*.

Cuando opte un día—los pueblos son mudables—por un candidato demócrata, ya el partido demócrata estará—ahora mismo lo está—bastante «republicanizado». Y la mejor voluntad será impotente para luchar contra el alma colectiva. Porque la que ha cambiado es ésta. No es el primer caso en la Historia. Roma nos lo recuerda.

R. Blanco-Fombona

El llega

=Nota editorial de Patria. San Salvador=

DE hoy a mañana tocará en La Unión el inmenso huésped. Con más fortuna, habríamos recibido su tocamiento en Acajutla, y eso trajera el saneamiento automático de nuestro cochino e histórico puerto.

Si los reyes de Francia tenían la virtud de curar las escrófulas con sólo pasarles la mano a los escrofulosos, ¿por qué un *Señor de Panamérica*,—que vale por media docena de reyes de aquel tiempo, y por docena y media de reyes de ahora,—no ha de poseer la rara virtud de sanear un puerto palúdico?

Irán a saludar al HOMBRE nuestros mayores dirigentes. Él les mirará, los tanteará... y «dichoso aquel que el cielo dote»... Pues en verdad decimos, que de Guatemala a Chile, en estos ocho años que vienen, nadie comerá turrón sino es con la anuencia de quien tiene el turrón en su mano potente.

Hagámosle al ilustre Despenser un homenaje digno de él. Por ejemplo, si a las ostiones de La Unión les llamáramos en adelante, WALL STREET OYSTER? O si, para evitar cuestiones, al Golfo de Fonseca le denomináramos HOOVER BAY?

Desde los grandes tiempos de Roma, nunca se vió espectáculo tan grandioso. Cuando el César recorría el Imperio, los reyes se vestían de domingo, se ensayaban en hacer piruetas, aprendían de memoria un discurso patriótico, y al llegar el *Señor del Mundo*, salían a su encuentro, melosos, contoneándose, y acudían a tenerle el estribo para que descendiera del caballo, o a poner la espalda para asentar en ella el pie divino, si llegaba en litera. Y el *Señor del Mundo* decidía quien debía seguir comiendo turrón, y quien nó.

Gloria a nuestro tiempo, que ve repetirse aquellas maravillas. Ahora, en esta girita displicente del Señor Ingeniero Hoover, se verá si continúan con acceso a la *Despensa*, Machado, Adolfo Díaz, Juan Vicente, Leguía e Ibáñez. O si se traspasan las llaves a manos más dignas. Eso se verá: quién le puede a quién, en este record del turrón.

Mister Hoover,—permítase a un periodista irreverente llamarle con este nombre familiar,—es un ingeniero notable. Es de los que saben su oficio. Ha servido con éxito grande en Egipto y en China, y no recuerdo si en otros países. Lo mejor de todo, es un gran abastecedor, un notable organizador de Subsistencias: durante la Gran Guerra, centenares de miles de hombres, mujeres y niños no murieron de hambre, gracias a la previsión, a la energía, a la técnica sabia de Mr. Hoover, que estaba encargado de aprovisionar a los civiles.

Para los tiempos que corren, y ahora que los pueblos prefieren comer a que les refieran cuentos patrióticos; ahora que a todos se les ha metido la idea loca de que la vida no ha de ser únicamente para los ángeles y los serafines; ahora, decimos, los hombres como Hoover son los mejores, puesto que ellos, a semejanza de Moisés, hacen caer el maná y brotar el agua, de donde los demás son incapaces de extraer sino arena y estiércol.

Un gran abastecedor, un gran organizador del trabajo, será siempre el mayor de los hombres: eso fué José, eso fué Moisés, eso fué en ocasiones Jesús, eso es ahora Mussolini, y eso probablemente será Hoover.

Y como tal, como hombre que respeta el hambre ajena, y acude con su voluntad y su inteligencia a vencerla; como a hombre del agua y del pan, le admiramos nosotros y le glorificamos.

Ahora toda la cuestión será saber cómo nos va a tratar a los morenos y a los indios que nos atrevemos a tener gana de vivir,

como si fuéramos personas: ¿considerará que merecemos ser incluidos entre los que su saber y su voluntad tomarán bajo su protección? ¿O pensará que a ella sólo tienen derecho los blancos, y que nosotros, en vez de comensales, hemos de continuar en la categoría de comestibles? ¿Nos dará de comer? ¿O hará que nos coman?

Para los de abajo y para los de arriba, para los pequeños y para los grandes, el problema es de turrón y despensa. Comer, o ser comidos. Y en este concepto, nosotros, humildes, nos postramos ante el Despensero, y nos arrodillamos junto a Machado, Moncada, Juan Vicente, Leguía, Ibáñez y otros, y clamamos con infinita reverencia: «el pan nuestro de cada día, & &».

Pero entiéndase bien, al decir el pan, queremos decir el maíz y los frijoles *suficientes*, para los de abajo; y el turrón, legítimo de Alicante, para los de arriba.

¿Comeremos? ¿Nos comerán, es decir, continuarán comiendonos? Solo él lo sabe.

Vayamos, pues, a su encuentro, y «dichoso aquél que Hoover dote»...

El discurso de Hoover

=De Patria. San Salvador=

EN contestación a la bienvenida que el Ministro de Relaciones de El Salvador dió a Mr. Hoover, éste dijo:

«Las buenas relaciones entre vecinos requieren que *nada se omita para vigorizar aquellos contactos y sentimientos que conducen hacia el buen entendimiento entre ellos*. De este buen entendimiento se deriva el respeto *mutuo que constituye una base sólida para las buenas relaciones internacionales*. Estamos acostumbrados a oír quizá más acerca de las relaciones económicas y comerciales entre los países, que de cualquier otro tópico en el campo de la vida internacional. Esto se explica fácilmente, puesto que sobre la vida económica de un país descansa el apoyo que sirve de base a todas las otras evidencias de progreso.

«Nuestras relaciones económicas internacionales pueden tener únicamente un cimiento sólido y verdadero, pueden crecer y fructificar únicamente como resultado de la prosperidad *de cada uno de nosotros. No puede florecer en la pobreza o degeneración de ninguno de nosotros*. Nuestro progreso económico es mutuo. No se presta para la competencia.

«Cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de llevar hacia adelante este plan de acción dentro de los límites de nuestros propios países; lo cual, andando el tiempo contribuirá también a nuestra prosperidad individual. La concepción de *nuestra prosperidad debe abrazar, sin embargo, el reconocimiento de que la prosperidad entre todos nosotros debe ser mutua y general*.

«El progreso en el campo de la economía *no es y no debe ser la única base de intercambio entre las naciones, sino únicamente un punto concomitante*.

«Se nos presentan mutuamente los problemas de reforzar los cimientos de la paz, de establecer fuertes ligas de confianza y amistad y de formular ideales y *fortalecer las instituciones de cada uno de nuestros países*.

«Entre los problemas de primera magnitud, quizás se encuentran también aquellas actividades *que constituyen los aspectos más altos de la vida, tales como el intercambio de nuestros conocimientos en el campo social y político, y nuestros adelantos en educación y en el campo de las ciencias*.

«Todos y cada uno de nosotros hemos contribuido largamente hacia el progreso de la humanidad. El más extenso intercambio, el mayor entendimiento de estas contribu-

ciones constituyen la base duradera del respeto mutuo.

«*Nuestra profesión más preciosa es el amor a nuestra patria, nuestra raza y nuestras tradiciones e instituciones*.

«Las naciones de este continente han seguido sendas paralelas para lograr su independencia; han confrontado los mismos problemas en su lucha para la vida; han creado las mismas instituciones de independencia y libertad. Estos lazos no podrán destruirse jamás».

Nota de Patria

Supongamos que el mundo hubiera llegado ya a la concepción neta, viva, de que LA VERDAD es la más alta religión;

Supongamos que se hubiera llegado asimismo a la comprensión clara y viviente, de que LA PALABRA es la expresión más divina de la verdad;

Cartas hiperbóreas

Para Rep. Am.

1.—Destinos y desatinos

FRESCA todavía la tinta de una carta que escribiera a propósito de la situación de Venezuela bajo el título *La mentira penúltima* henos aquí ratificados, aprobados, justificados.

Bastó que unos jóvenes celebrasen una fiesta, que el entusiasmo les sobrecogiese y se lanzaran a hacer lo que todos los jóvenes de todas las épocas en todos los países hacen y dicen para que despertase el viejo cocodrilo de Macaray.

¿No os decía yo? Allí le tenéis deponiendo a los esbirros con escrúpulos hoy para suplantarlos con sayones de refresco. Allí le veréis, aislado, rodeado de genizaros y de boshandís, enviando a sus amigos sospechados o a sus enemigos sospechosos no el cordón dorado de los antiguos sultanes sino los cordeles del torzal clásico en las partes clásicas.

Ese despota viejo se rodea de silencio, de sigilo, de pudores externos. «Que no se sepa nada en el exterior, que no se diga nada... Que no se publique nada!» «ese correo! ese cable! ojo!» Por otra parte, cada grupo de disidentes toma como cosa propia la protesta espontánea de los muchachos de Caracas y se congratulan los bobalicones que nunca faltan:

—Ahí tiene, pues.

—¿No le decía yo?

—Yo esperaba eso.

Todo mentira. Nadie esperaba nada; nadie temía nada. Años y años se ha estado refocilando ese bruto con la brutalidad ambiente, años y años le han estado pidiendo prestado al gallinero, al establo, al chiquero y a la alcantarilla sus mejores metáforas los admiradores y los defensores del bruto.

La renovación no puede ir de fuera hacia el interior del país porque el elemento llamado *nuevo*, con excepciones justas y por desgracia poco numerosas, se subdivide en tres: el que puede y no quiere, el que quiere y no puede y el que ni quiere ni puede.

Pero si hacéis caso a lo que ofrecen y organizan y programizan diríase que no existe un pueblo de la tierra más «organizador».

También por desdicha los hombres que se han pasado la vida llamada del «exilio» sin oficio ni beneficio, que «ni han olvidado ni han aprendido nada», los hombres que no pueden no ya siquiera sostenerse sino aún mejorar un poco sus costumbres y su higiene moral e intelectual ¿a dónde diablos van a pensar regenerar un país, el país, su país?

Por eso la observación de John Ruskin:

Supongamos que el Sr. Hoover fuera uno de esos hombres que comprendieran y sintieran *plenamente* el carácter divino de la palabra como expresión de la verdad, y de la verdad como expresión de Dios...

¿Qué sucedería, entonces, después de este discurso, y una vez que el Sr. Hoover hubiese tomado posesión del Gobierno de su país?

¿No es verdad que cambiarán extraordinariamente las relaciones entre ellos y nosotros, y que los nubarrones que se van espesando más y más en el horizonte de las Américas, se disiparán, y luciría para todos una era de confianza, de cordialidad y de paz?

¿Y no sería ese el fin del reinado de Wall Street?

¿Y el comienzo, de parte de los Estados Unidos, de su misión natural y admirable, de ser el *educador*, el hermano mayor, el guía desinteresado y cordial del Continente?

«Cuando me hablan mucho de un joven que promete suelo inquirir: ¿trabaja?»

El caso es que Gómez se ha visto sorprendido en plena égloga virgiliana por un sordo rumor, por un como despertar de energías al parecer en estado de putrefacción.

Estas reacciones pasmadas, me dan miedo. Hay algo de tético, de enfermizo en ellas. No, no; no es el aborto doloroso y sangriento y malo, es como el alza de la fiebre que luego desciende a temperaturas de inquietud, de calofrío, de colapso.

La crisis que no alcanza su punto álgido en un ataque de histeria, cede para recomenzar. La protesta se torna hipo, el hipo estertor. Después, nada. Silencio. Se restablece el cable. Cuatro extranjeros sinvergüenzas se apresuran a «declarar» que «la paz reina en Varsovia» y, a vuelta de unos días, ya tendremos nuevos motivos para admirar a este «hombre del destino», como llama el secretario Céspedes a los tiranuelos de Italia y de España a fin de «hacerle justicia»—según cree—al presidente Machado.

Para ello ordeña la loba romana y se lanza en un vértigo de latinidad por una verdadera carretera central de disparates. Y es de sentirse, porque él, que no es hombre del destino o de los destinos públicos, pues hasta muy rico es, y que posee un exceso de iniciativas, debiera tomar en cuenta el consejo que el desdichado de Gómez Carrillo dedicaba a Unamuno: «lascia la política».

Bien; no es justo zaherir mucho esta salida de cuerda del secretario de obras públicas y, cordialmente, deseamos que no se repita.

Además, exagera evidentemente. El general Machado, a lo que tengo entendido, y en virtud de la serie de juramentos que ha prestado ante los manes del martirologio patriótico, es sencillamente el presidente civil de Cuba, que tal vez se prorrogue un poquillo, pero que *sine qua non* entregará o le harán entregar a su hora y día, sin «reelecciones» ni componendas ni golpes de setiembre, ni marchas sobre Roma, el mandato que el pueblo le confió—del pueblo que sigue las tendencias liberales y es hijo de la libertad que para el italiano es una cosa «putrefacta» y para el «spagnoletto» una cosa «peligrosa».

Así que ponerlo en ringlera con estos homecicos y con el formidable homecillo del 18 Brumario ¡no! evidentemente: el almuerzo copioso, el entusiasmo, ese ardiente sol de

la linda isla. El sol! el sol de la Provenza de Tartarín y el de las llanuras manchegas cuando sólo se perfilaban contra el cielo crepuscular de los caminos las locuras heroicas del genio y del desinterés.

Tenemos, pues, al caimán del Tacarigua con los colmillos al aire; ya ha salido de ese sueño de las lentas digestiones del fondo del río que le ponían lacrimante y se apresta a iniciar una marcha, un paseo de aparato por los alrededores de la laguna, seguido de sus cocodrilillos sucedáneos y sucesores.

Adelante, general Aligator, siga usted. El mundo sufre una hora de inconsciencia, de estupidez y de irresponsabilidad. Pero vea bien por dónde camina, que cuando ladran perros el cazador no anda muy lejos.

2.—El último payaso

ME había forjado la idea de que don Augusto Leguía, el vitalicio y egregio Don Augusto que tienen en el Perú, érase que se era un dictador sombrío, hábil, taimado y, naturalmente, tales cualidades suponen una absoluta seriedad...

Un día tropecé con un peruano ajeno a eso que despectivamente llaman «política» los «prácticos» que viven y medran al margen de las obras públicas y de la administración a base de alcantarillas:

—Porque—le dije cuasi conmovido—ese hombre tétrico...

—Cá, hombre ¡hombre! ¡qué tétrico! es un payaso.

Y en verdad, detenidamente su gobierno y el aspecto «legal» de sus cosas son una sucesión de saltos «claunescos». Sus discursos poseen una comicidad irresistible; no tan sólo por el estilo «hombre práctico» tan laboriosamente trabajado, sino por las especies que contiene.

Sale contrito de un Te-Deum donde los curas lo comparan con Moisés por lo de la vara y se halla en el homenaje que los ingenieros—«et pour cause»—le ofrecen. Y va y se para y les dice que:

«Al período romántico, en que las palabras y los proyectos ejercían una soberana sugestión en los espíritus, ha sucedido,

por fin el período positivo en que el progreso se edifica con hechos y los servicios ciudadanos se premian con justicia».

El «período romántico» a que este realista, que este verista tan divertido alude, es de considerable extensión. De él surgió la nacionalidad peruana, en virtud de él el señor Leguía tiene como feudo ese virreinato fabuloso. «Período romántico» se llama ahora en América indohispana toda época distinta a la en que un señor dado se pone amo y manda con otros señores dados que le apodan «benemérito» «egregio» «héroe innato» y «tocino del cielo».

El señor Leguía define más luego así, en forma bíblica, sus convicciones: «Yo he dicho (derechos de autor reservados) que los médicos y los ingenieros son las dos sólidas bases de la propiedad nacional».

La base simultánea, o dual, pertenece en la lógica a la serie de la tortura volante, la serpiente de pezuña bendita, el puerco de salón, la sardina de monte y los otros espécimens con que la mentalidad de los asilos de enagenados suple a la deficiencia de la Naturaleza. En Chocano—para no mencionar extraños,—existe una larguísima galería de metáforas encantadoras: montañas chupándose nubes, cedros que violan nubes, gacelas ultrajadas por leopardos, ictiosaurios pre-históricos de cuando Aclahaxilla amaba a Ictinipirzngo, o como se llame...

Aceptando, pues, esta combinación de jeringa y plomada quedamos la duda de cuál de las dos es «más base»: la de la ciencia infusa o la de la profusa.

No sé exactamente la edad del dictador peruano, pero se diría que chochea.

Y no es para menos, tratándosele todos días de este guisa: «el estadista genial, el hombre civilizado y patriota, a quien «todos los gobiernos del mundo han rendido pleitesía y honrado con sus más preciadas condecoraciones».

Y atrévase el General Benavides, desterrado, a compararle a don Augusto con... ¡Melgarejo!

Se ha hecho caballo de batalla el tratado de límites con Colombia, presea del «ilustre canciller» peruano, para combatir el gobierno de cemento armado del señor Leguía... Acaso eso sea lo de mayor disculpa. Tal vez ni culpable es del vitalicio don Augusto.

De lo que se le podría acusar es de su gestión solapada, dilatada, taimada—a pretexto de un progreso de mentirijillas—para irse quedando a vivir en la casa de Pizarro; de lo que se le debería acusar más que nada, es de su «extránjeris» peligroso, de su falta de solidaridad interamericana; de lo que sería preciso arrancancarlo es de ese budismo payasesco con que se deja adorar por toda la nación, desde el monacillo, hasta el presidente del Senado, olímpico en su vanidad, en su enfermiza egolatría de anciano leyendo los partos de «sociología» parroquial de Vallenilla Lanz y las grandes tiradas poéticas de Santos Chocano.

José Rafael Pocatterra

Los indólatras

=De La Vida Literaria. Buenos Aires=

LA Revista de las Españas, plural imperialista que en su referencia a nuestro país resulta soberanamente ridículo, inicia sus números 22-23 de este año, con un artículo de don José María Salaverría, *Intimididades Americanas*, como se titula, en el cual afirma conocer personalmente «que el mestizo forma la masa de la población de Corrientes, de la verdadera Córdoba, de Mendoza, de Tucumán, de Santiago del Estero, de Misiones»; mientras sabe «por referencias exactas, que Salta, Jujuy, Catamarca y la Rioja, están pobladas principalmente por mestizos y hasta por indios puros». Con ello, existe latente en nuestro suelo una «íntima tragedia argentina» cuyos elementos son las «dos formaciones raciales fuertemente diferenciadas» que dividen la población de la República, y cuyo pathos consiste en «la convicción de que esas dos Argentinas se contradicen y la una tiende a destruir a la otra». La «sub-raza argentina» así formada, constituye «un modo de provincialismo hispano-americano dentro de la totalidad del imperio español» (!) como el «provincialismo sub-racial chileno, peruano, mejicano, antillano, etc.»

No cabe duda, pues, sobre el significado imperialista de mi referencia; pero, mucho más al corriente, claro está, que el Sr. Salaverría, respecto a la personalidad soberana de las otras naciones de América, consideradas también por él como provincias del «imperio español», no replicaré sino en nombre de la mía.

La América política es una falacia tan completa como el imperio que se nos depara a título provincial; y no sé, ni menos me importa, si hay en ella pueblos a quienes convenga el rol. Basta ya de majadería hispano-americana, latino-americana, indo-americana y demás voces de charnela que expresan el artificio con su propia invertebración. Lo que cuenta y vale acá es ser argentino, exclusivamente. Todas esas otras «razones sociales», disminuyen porque fraccionan; y como en virtud de la razón con-

Pero cualquiera se atreve con un hombre cuya definición del estado oscila entre una espuerta de cal y un bacín, sin que jamás pueda decirse con exactitud cuándo es una de estas «dos bases» la predilecta...

«Yo he dicho»—afirma don Augusto I.

Ojalá sea esta frase como es la del final de los discursos académicos o academizantes, anuncio de alivio y de reposo mental para el oyente: y el Perú deje ya de escuchar a este Don Augusto, a quien le rinden «pleitesía todos los gobiernos del mundo». Lo mismo con Gómez.

¡Van a pasar! ¡y pronto! estos días de tonterías espectaculares; se van a acabar de golpe estos hombres célebres con birrete y motes: el archipámpano de Grecia, el del arremangado brazo, y un día, desde el Caribe hasta Patagonia, como a golpe de batuta, comenzará una carcajada temebunda, una carcajada formidable y definitiva que hará estremecer en sus criptas egregias a estos «hombres fuertes» de ahora, pajarracos empajados para la historia, crisis de histrionismo en período agudo para los anales de la humanidad.

y 3.—Payasadas fuera del circo

Esta carta ya salió en la entrega No. 16, y p. 153, del tomo en curso.

mutativa, menos con más y más con menos, dan siempre menos, la operación no nos conviene, siendo nosotros lo más. Por eso dije alguna vez que esa paradoja internacional es para nosotros «suma que resta». Nada pedimos a nadie, ni tenemos patria para regalar.

Además de esto, sé y afirmo con serena verdad, que la Argentina mestiza y trágica vista y prevista por el señor Salaverría, no existe absolutamente. El mestizo, acá, es un caso esporádico que va tornándose raro. Y en cuanto al indio, hé aquí un dato de rigurosa actualidad: Acaba de presentarse a la Cámara de Diputados de la Nación un proyecto de «protección a los aborígenes». Movido por filantrópica intención, su autor ha de haber exagerado más bien la importancia numérica de los tales. No obstante, calcúlalos en treinta y cinco mil cuya inmensa mayoría corresponde a la indiada del bosque septentrional, que a cada rato cambia de jurisdicción, pasando las fronteras de Bolivia y del Paraguay.

Mas, el señor Salaverría cree poder sintetizar en dos prototipos históricos de nuestro país, la oposición entre el blanco y el mestizo. El primero es San Martín «tipo de criollo casual». El segundo, «americano racial, con su sangre española de buen abuelo, mezclada con su correspondiente porción de sangre india», es—¿quién cree el lector?—Sarmiento!

Resisto a la fácil amenidad, porque me explico el estado de ánimo que inspiró tal despropósito.

En efecto, si todos los países de la antigua conquista española, son mestizos, la metrópoli resulta disfrutando la misma superioridad étnica que en 1492. Y el Imperio se define por sí sólo. He aquí lo que consigue por estos pagos la *Indolatría*, como la he llamado en broma, creyendo que no merecía más, y lo que creen o afectan creer los indólatras de la Península.

Pero, ello no prueba, al fin, sino la exactitud con que se informan estos últimos, y

lo que por acá sabemos en la materia: es decir, que apenas existe entre nosotros, a pesar de las apariencias y del idioma, europeo más extranjero que el español.

Las tales *Españas* resulta'n, así, algo tan postizo como inaceptable. Lo que esa pluralidad significa, en efecto, es la metrópoli como sustantivo natural, y las *españitas* diminutivas y fraccionarias entre cuyos ventu'n avos contaría nuestra Argentina gloriosa. Nuestra Argentina completamente *blanca* y azul como el paño de su bandera.

Y para concluir, una advertencia oportu'nísima:

Nunca parten de acá estas iniciativas de

protección deprimente. Acá, por el contrario, sólo tenemos para España—y hasta el exceso—manifestaciones de simpatía y consideración. El vano sueño imperial, el recuerdo indiano, la carraspera conquistadora, son equivocaciones peninsulares. España no puede encabezar ningún imperio porque no es potencia en ningún dominio material ni espiritual. El sol del famoso dicho, se puso acá en 1810. Y sobre su eclipse total y definitivo, salió en el campo del escudo y de la historia el otro, el nuestro, el argentino, el del triunfo y la libertad con que sancionamos para siempre jamás nuestra independencia «de España y de toda otra dominación extranjera».

Leopoldo Lugones

Apostillas

En Nicaragua se hace una subscripción pública para levantar un monumento al general McCoy. ¿No podrían los colombianos hacer lo mismo con Roosevelt y los cubanos con el general Crowder?

El hecho de que Haya de la Torre haya podido dar sus conferencias en los Estados Unidos sin ser molestado mientras que en Salvador y Guatemala fuera perseguido y desterrado por estas mismas conferencias, es de gran valor en la historia actual de nuestro continente.

Cierto novelista chileno después de firmar un famoso manifiesto y de escribir una carta en *Repertorio Americano* lavándole la cabeza al dictador de su patria, fue nombrado Ministro de Instrucción Pública. Creemos que este señor estaría en su ambiente en la comedia o en el género chico.

Todos esos escritores que ensayan sus loas y sus poemas en Sandino me dan la impresión de esos niños que se vuelven locos por los aeroplanos pero que invitados a volar protestan dolor de cabeza.

Ese señor Maurtua, o lo que sea, que en las conferencias de la Habana apoyaba las

teorías intervencionistas, me recuerda al muchachillo andrajoso que aplaude los chistes estúpidos del gendarme.

El modernísimo poema al Bidet publicado en 1928 sitúa definitivamente el meridiano intelectual de América en Madrid.

Los poetas de nuestro continente se clavan en sus enmarañadas cabelleras todas las vistosas plumas y las flores de papel que arrojan los modernos poetas franceses y salen gritando por mercados y plazas: «Somos los verdaderos intérpretes de las razas indígenas, somos superamericanos».

El Gobierno del Perú acaba de mandar a José Santos Chocano a Chile en misión de paz. Al mismo tiempo el Presidente electo Hoover va en misión de amistad por toda la América. Hace años la República Argentina envió al señor Firpo como representante intelectual ante los Estados Unidos.

Mientras nosotros exclamamos con la última escuela poética: da... da... da... da... los saxoamericanos nos están sacando toda la fruta, las perlas, el cobre, el salitre, de nuestro continente.

A. Torres Riosco

Calif., U. S. A.

Confraternidad

Estos conceptos que hoy escribimos son un obligada apéndice al comentario publicado con el título *Educación y Justicia* que, a decir verdad, es tema inagotable y trascendente.

Se ha dicho que la naturaleza convierte el ceno en flores y lo horrible en hermoso. Pues bien, aprender a cooperar de acuerdo con la silenciosa, pero fecunda labor de la naturaleza, es ejercer el verdadero espíritu de la Confraternidad.

La Sociedad, o para decirlo más claro, los hombres han olvidado que, para la felicidad de todos, se ha de ser refinadamente honrado, y que si queremos constituirnos en instrumentos de cooperación no debemos hundir a nuestros hermanos caídos en el ceno de la desesperación, sino ayudarles educándolos como lo expusimos.

Y esto es lo que significa la «Confraternidad». Significa, como ha dicho la eminente escritora inglesa Annie Besant, que nadie ha de quedar embrutecido.

La «Confraternidad» según esta admirable lección nada tiene que ver con la «igualdad de oportunidades» que ha sido la frase usada por los políticos y los sociólogos para socorrer situaciones difíciles. Es algo más hondo su significado como lo hemos de ver.

«Verdaderamente hoy día la producción de riqueza es enorme; pero ¿en dónde está la *confraternidad* que la destine al auxilio de todos?, ¿en dónde el amor que la utilice en el bien común? ¿en dónde el sentimiento del deber social que mueva a los ricos a emplear parte de sus ganancias en beneficio de la sociedad? ¿En dónde la conciencia social, única que puede engrandecer prósperamente a un país y derramar sobre él la dicha de modo que todos los ciudadanos participen del bien común?»

Y todavía tiene más sentido el significado «Confraternidad». Mediante ella, pronto hemos de ver que todas las reformas—políticas y económicas—no logran cimentarse si no se llega primero al corazón de los hombres para tornarlos mejores.

«Aquistad por el amor el corazón de esos muchachos, enseñadles a solazarse gozosamente y educad sus facultades por medio de hábiles métodos. Son perezosos y haraganes; nos los forcéis a trabajar mucho de una vez; dadles poco trabajo y remunerádselo; después enseñadlos a jugar y jugad con ellos; forjadles un ideal que ciegamente admiren o infundidles el sentimiento de adoración al héroe».

«Ponedles otro modelo mejor, apartadlos de los criminales empedernidos y en vez de predicarles una religión que no pueden comprender, mostradles ejemplos de virilidad que los conmuevan hasta el punto de incitarlos a la emulación. Dadles amor y no castigos, pues con el castigo jamás los enmendaréis, y con el amor irremediamente lograréis reformarlos. Pero no les concedáis libertad. Retenedlos en la escuela y además de la enseñanza literaria que aprendan un oficio manual, según su aptitud, en las colonias fabriles a donde pasarán al salir de las escuelas, cuidando de que si son capaces de más delicadas labores, no queden como forzados a las rudas y groseras».

Tal el espíritu de «Confraternidad», que no es otra cosa que cooperación y alivio, pero que todo esto venga de los más preparados, de los más honrados, de los más aptos.

Sin esta obra de sabiduría, sabiduría que vemos en la obra sencilla y silenciosa de la naturaleza, no tenemos por qué admirarnos de los criminales que la ociosidad y nuestra indiferencia formó, endureció y degradó.

Jorge Cardona

San José, Costa Rica

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA:

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA.

La mujer fuerte del Evangelio

La Doctora Isabel Creus

La señorita X, escritora, el Dr. N, periodista, llegan a nuestra gran metrópoli, y movidos por el interés intelectual, se dirigen a hacer una visita a la señorita Dra. Isabel Creus, de quien—como es muy natural—han leído tanto bueno y de quien han oído hablar en términos altamente lisonjeros.

No dudan de que su curiosidad vaya a quedar satisfecha en muy favorable sentido; pero cada uno de ellos piensa que el público, que elogia o deprime según sus pasiones y conveniencias, puede haber exagerado las condiciones de la distinguida intelectual.

El visitante—dama o caballero—se dirige al importante diario *La Razón*, en donde la ilustrada doctora tiene a su cargo, en compañía de la inteligente señorita María Antonia Lagos, la sección de crónicas sociales, que ya ha hecho famosa a esa hoja periódica de las tardes argentinas.

Una joven, bella, de porte elegante y de maneras señoriales, constituirá la primera revelación del que se ha dirigido a conocerla. Se está ya en presencia de la Dra. Señorita Isabel Creus.

Sentado ya el interpelante en uno de los cómodos sillones del versallesco despacho de nuestra heroína, tendrá mejor oportunidad de seguirla observando. Se fijará en su esbeltez griega; admirará su purísima blancura, sus grandes ojos de *sui generis* mirada, se sentirá cautivado por su voz segura y armoniosa y su simpático conjunto. Pero hasta aquí no habrá visto más que los encantos físicos. Mas, apenas la conversación se inicie, la visita se dará cuenta de que nuestra fina cultora de las letras la ha envuelto en la atmósfera de magia que de ella emana sin que ella misma lo pretenda.

Isabel Creus es la mejor encarnación de la mujer fuerte de quien ha hablado el Evangelista. Su innato don de gentes, su dulzura espiritualísima para el trato, que no la exime de la firmeza de sus convicciones, hace pensar en el «suaviter in modo, fortiter in re» que el filósofo ha proclamado como filosofía ejemplar, digna de conducirnos en triunfo al través de la vida.

Hablará Isabel de literatura, de periodismo, de idealidades sociales, de psicología, de poesía—la cual también cultiva con gran



éxito—, de cuanto ella tan bien sabe, y quien la escucha observará al instante que ella nada desconoce, pero que nada pretende saber. Tal es la naturalidad y la modestia de su conversación, que tiene sin embargo el brillo, de sello propio, de quien conoce a fondo lo que expresa.

Al discurrir sobre feminismo verá el observador que ella se encuentra tan lejos de las rancias teorías educacionales relativas al bello sexo, como de las sufragistas inglesas que rompen vidrieras cuando no se les acepta el voto; tan lejos del gineceo como de las competidoras del hombre. Su feminismo es discreto, y por lo tanto el verdadero,

Lola de Esquivel de la Guardia

Buenos Aires.

como que es el fruto de un hondo raciocinio.

Pero lo que la doctora Creus no dirá al interlocutor, porque tiene el alto mérito de hacer el bien

sin publicarlo, es que ella es el *sursum corda*, la consejera de muchas jóvenes literatas y la Mecenaz de las mismas; que las estimula y las asocia, y que, como nunca conoció la envidia, es maestra sólo por la bondad de su corazón y por su devoción al arte.

Así Isabel Creus ha fundado revistas y colaborado en tantas otras. Se deben en gran parte a su esfuerzo *Vida Femenina*, *Estímulo al Estudio*, *Olympia*, etc. Forma parte muy principal de clubs y sociedades femeninas; de entre ellas, es Vice-Presidenta del Ateneo Femenino de Buenos Aires, recientemente fundado, y va derramando por doquiera la generosa semilla que brota de su espíritu superior, del cual es, a la vez una hermosa manifestación su privilegiado cerebro.

Isabel Creus es admirada sin que ella lo solicite y querida por doquiera. Por eso su nombre ha traspuesto las fronteras de la patria, y hace poco el Gobierno de Venezuela la ha distinguido con un premio especialísimo, lo cual dió motivo para que sus numerosas amistades le ofrecieran una hermosísima fiesta de homenaje en el Plaza Hotel.

Isabel Creus se ha impuesto, dentro y fuera de la Argentina, y se ha impuesto con toda Justicia. Su tacto social la ha mantenido lejos del radio de los enconos con que la pasión amarilla suele morder a los que han escalado la cumbre; lejos de la ponzoña «del que se arrastra contra aquel que vuela».

La Señorita X, escritora, y el Doctor N, periodista, al salir encantados del saloncito en donde Isabel Creus los ha recibido, pensarán con entusiasmo que cuanto se les había dicho de ella era pálido y que la realidad ha superado a sus esperanzas. Habrán hallado en ella la mujer que al pensamiento une la acción; y ante su compendio de no comunes cualidades, exclamarán: Isabel Creus es, en todo sentido, una de las más valiosas manifestaciones de los valores femeninos en las naciones platenses.

¡Levántate!

Por Isabel Creus

Y luego de haberte mezclado en la áspera contienda y sufrido el dolor de las heridas y probado la ceniza amarga del fracaso. Y tras de haber sido traicionado en la amistad, vituperado en la fe, criticado acerbamente en la obra, vendido por discípulos en un puñado de monedas, mal interpretado en la defensa de la Justicia y la Verdad, crucificado en el madero de todas las ignominias por la chusma exasperada...

Y tras de haber mordido el polvo de la derrota una y cien veces...

¡Levántate, hermano mío! Recoge el bagaje de tus ensueños, recoge intacto tu precioso tesoro y en nombre de ellos y por amor a ellos, reanuda la penosa ascensión...

Escucharás voces airadas que blasfeman, acentos ora implorantes ora prometedores, ora imperiosos, que tratan de substraerte a la gloriosa predestinación de tu Destino.

Escúdate en tu fe, buen caballero, escúdate en tu ideal, no retrocedas, por amor de Dios y «jadeante bajo el peso de tus propias alas» continúa la marcha...

Y cada vez que desfallezcas, escucharás la voz misteriosa que nos llega del fondo de los siglos a cuantos formamos en

esta austera y gloriosa hermandad del dolor y el sacrificio, el eco de las mágicas palabras, capaces de hacer rebullir la helada ceniza de los muertos:

—«Hombre de poca fe... ¿por qué vacilas?»

Como la ola

Por Isabel Creus

Soy como la ola, a ratos arrulladora, a ratos formidable, que se estrella en tu indiferencia de roca... Coronada de crestas espumosas, se levanta el alma en altiva protesta, luego se amansa su impetuoso impulso, buscando un resquicio en tu base para poder llegar...

Mimos y amenaza se estrellan contra la dureza diamantina de tu indiferencia: soberbio Titán, dominador de almas, ni siquiera te tienta la aventura. Rehusando investigar los oscuros vericuetos de esta alma orgullosa que llega hasta a mentirte humildad; renunciando a sus dulzuras, a sus apasionadas violencias, la hieres de muerte...

Como una ola se encrespa, se levanta su borbotón rugiente, como una ola desmaya, balbucea, impetra, solloza.

Todo su orgullo y toda su humildad se estrellan contra tu enigmática indiferencia. La Circe encantadora, nada puede contra ti. Tú eres el roble que sólo abate el rayo. Yo soy la gramilla que los vientos serranos doblegan. Tú eres la roca.

Yo soy la ola cantarina o rugiente que se estrella en ti.

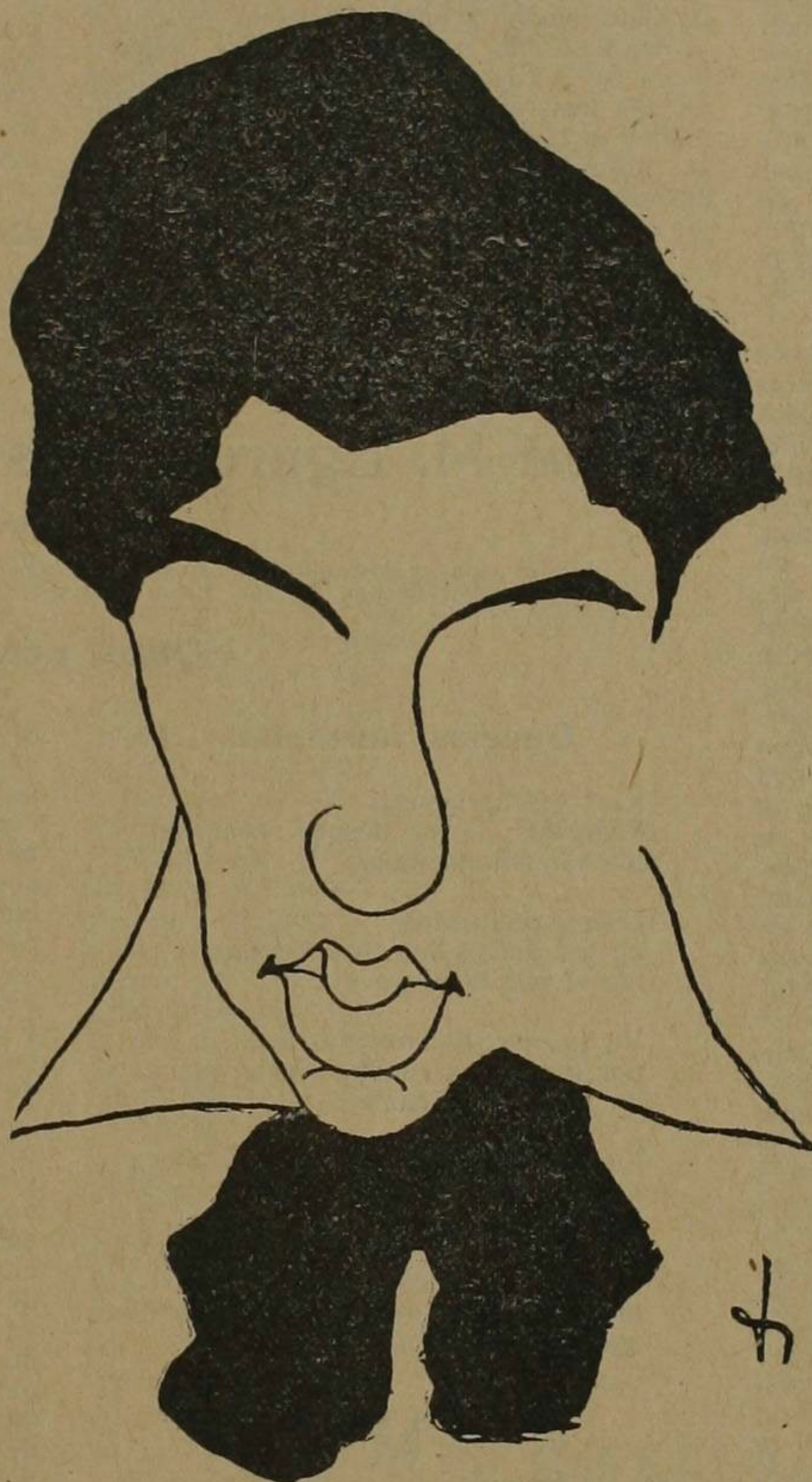
Su alma era una dulce esperanza. En su mirada había una perplejidad de horizontes. Por sus versos regresaba una música lejana y sus recuerdos eran como melodías antiguas. Sentía el profundo pudor de ser poeta, porque pensaba que la poesía no es para ser gritada en los escenarios entre actitudes declamatorias, sino para ser gustada en los momentos íntimos en que el alma busca en las palabras el eco de su propia existencia.

Un día, frente al mar, escuchábamos en silencio el insistente roncar de las olas. El agua hervía al chocar contra las rocas. El sol lejano era un fruto de fuego arrancado al árbol de los astros. Los rayos solares, refractándose en las nubes, semejabán gigantes hojas de espada. De pronto, el mar se tranquilizó, y el agua fue casi una luz líquida. Observé al poeta de *Tono menor*. Estaba triste y pálido, y en su mirada se presentía un naufragio de ilusiones. Una gaviota que andaba despidiéndose del día, revoloteó sobre nosotros. A lo lejos, en el pueblo, sobre los techos familiares, pequeñas columnas de humo, eran indicios de la paz doméstica. Comenzamos hablando de cosas triviales para terminar entregándonos recíprocamente el más íntimo de los pensamientos. Eran idénticas nuestras inquietudes, pues son de aquellas que no podemos explicar claramente a los otros, y que nos están preocupando en el preciso instante en que nos preguntan: ¿En qué piensas? A lo que contestamos invariablemente, «en nada». Hablamos de todo; no para comprendernos, porque la amistad es la comprensión sin palabras. De pronto se hizo entre nosotros ese cálido silencio en que maduran las preguntas angustiosas. ¿Sabe alguien acaso lo que es un poeta? ¿Quién es el vanidoso que trata de explicar la poesía? Fuera más cuerdo advertir en el fondo del alma la riqueza que nadie aprovecha.

Mansas tristezas como lluvias pacíficas en el atardecer, recuerdos que son ecos de las voces queridas, ilusión de caminos hechos para la aurora, amistades antiguas e imágenes difusas que se van y que vuelven del olvido sombrío. El poeta, frente a la vida, se entretiene con todo eso como un niño que jugara su juego favo-

Elogio de López Merino

= De La Prensa. Buenos Aires =



Francisco López Merino

rito frente al mar que brama de futuras tempestades. Dejamos de hablar. Un repentino temor nos angustió y como si nos preguntáramos mutuamente idéntica cosa, el contestó: «Es la muerte que mira desde el

fondo del mar». Y sonrió. Volvimos luego hacia la multitud sonámbula. Muchos saludaron al poeta creyendo conocerlo. Mientras más amigos iba encontrando, más se acrecentaba en él su pudor de ser poeta. Era como un caballero del Graal que, guardador de una santa reliquia, disimulaba su oficio para impedir que los infieles le atacaran.

La tristeza le buscó el corazón; mas ésta no pudo ahuyentar esa alegría de domingo con que se daba a la amistad. Pero, a veces, un doloroso silencio le invadía; su mirada se hacía más profunda. Era que escuchaba su música interior, poblada de atemperadas melodías, aires de *scherzo* y andantes siempre en tono menor. Así eran sus versos; hechos para ser dichos a la sordina. Su espíritu se ha disuelto en la eternidad como una lágrima en un río. Era el suave pastor de sus versos; en la paz de sus *Tardes* puso en cada uno de ellos una dulzura, una tristeza o una ilusión. Cada uno de sus poemas llega hasta nosotros como un pequeño rebaño de recuerdos melódicos guiados por la sombra de aquel espíritu que era sensible a la poesía como el aire a la luz.

Nadie sabe adonde fue tanta ilusión no realizada, tanta ternura causada de esperar, tanto afán de expresarse. ¿Se habrá disuelto en alguna estrella, en el canto de un pájaro o en la piedad de un atardecer? ¿O estará esperando en el confín del tiempo la llegada de un alma amiga para hacer como se estila, el lírico peregrinaje por el paraíso? Se habrá encontrado allá lejos con la sombra ilustre de los grandes poetas y habrá comprendido como ellos el ritmo profundo que rige el curso de los astros y la vuelta de la primavera. Tuvo la emoción cósmica de ese viaje sin regreso que es la muerte, dulce remedio que los dioses ofrecen a aquellos que no pueden esperar, porque han nacido para irse muy pronto. Su vida fue una mansa claridad que duró un día, lo suficiente para que madurase la noche de su más allá, en donde han quedado temblando las pequeñas estrellitas de sus poemas.

Pablo Rojas Paz

URGE precisar la posición de la nueva literatura colombiana en el panorama intelectual de Indoamérica.

La actitud insular, de arriscado apartamiento, en que nos hemos mantenido hasta hoy, debe ser reemplazada por otra amplia de paralelismo y de interpretación. Debemos definir el cuadro intelectual que formamos en el esquema del continente, y ver si, todavía, podemos exaltar la primacía espiritual con que barnizamos un día nuestra áspera corteza de bárbaros. No basta el triángulo tradicional—Isaacs, Cuervo y Caro—para asegurar perennemente el principado de la cultura. Hay que plantear la ecuación actual, y ver si la generación reciente significa algo en la proyección continental. Y si ese algo supera—en poco o en mucho—al aporte de la generación novecentista, o al del grupo del

Rafael Maya en la Literatura continental

=De Cromos. Bogotá=

centenario. Es esta una labor de fijación, tortuosa y dura. Pero urgente ya, si queremos comenzar a influir en la evolución de Hispanoamérica, y muy señaladamente, si nos iniciamos en el alarde de una cultura rotundamente autóctona.

Algún día dije que el problema indoamericano es sólo un problema de conocimiento. Y si en los dictados políticos, y en los signos económicos, esa ignorancia continental es de trascendencia angustiosa, en el estado cultural asume formas de urgencia exasperante. Cerrado el ciclo que dominaron Flórez, Silva, Sanín Cano y Valencia—enumero en orden cronológico—el aporte colombiano a la literatura indoamericana vino a extinguirse en un manso horizonte de silencio. Años

después, Armando Solano y José Eustasio Rivera, y, más reciente Maya, de Greiff y Jorge Zalamea lograron inscribirse, en forma orgullosa, en la olimpiada espiritual del continente. Del período de transición sólo dos hombres prolongan en el itinerario americano la tradición colombiana: Porfirio Barba Jacob y Leopoldo de la Rosa. Barba Jacob en una actitud facetada de periodista, crítico y poeta, hombre de letras y aventura, y hasta héroe intrigante de novelas alucinadas. De la Rosa, cantor altísimo, continuador, al través de los años, de la más pulcra y devota estirpe lírica. La obra de Rafael Maya, que asume proporciones de una lírica total, es el índice optimista para señalar el sitio de la actual generación colombiana en la cultura del continente. Maya, poeta perennemente actual, es decir,

clásico, y clásico ultramoderno, tiene ya su primacía rotunda en la proyección artística de Hispanoamérica. El círculo integral de su obra se ha hecho tan amplio y dilatado que abarca y domina otros círculos menores. Casi todos caben en él, muchos coinciden abundantemente con su radio innumerado, pero ninguno dilata su visión cósmica y universal como el poeta inagotable que hace sonar ahora, sobre la más alta cordillera espiritual de Indoamérica, sus coros del mediodía. Un recelo encogido ha silenciado esta afirmación evidente: Rafael Maya es, en las generaciones novísimas, la más amplia, firme y segura voz lírica del continente.

El itinerario lírico de la América india es hoy tan profuso y divergente, que su interpretación se hace casi imposible en los límites de esta acotación. Bajo el meridiano argentino los grupos de poetas, orientados por las nuevas escuelas, se multiplican en forma, agresiva por su difusión numérica, pero felizmente discreta por el tono de artistas menores que los caracteriza. No surge allí—perdón Borges, Gironde—el poeta de toda la lira, capaz de resumir el canto integral del hombre y del mundo en la forma perfecta en que lo ha hecho entre nosotros Rafael Maya. La lírica argentina carece hoy de exaltación universal, y se mueve dentro de un estridentismo ambiguo que la deja huérfana de la serenidad necesaria en las obras perpetuables al través de los años. Los poetas australes saben ser airoosamente cinemáticos. Adelantan ellos un ejercicio de renovación que apresurará la revelación del poeta integral, hasta hoy inédito en el hervor trepidante de la gran patria argentina.

Chile—país de hombres duros y de mujeres espléndidas—ha sido secularmente hostil a la exaltación lírica. Hoy se afirman allí Neruda y Pablo de Roca como epígonos de las tendencias más urgentes. Neruda llega a veces a la universalidad de Rafael Maya, y tiene con él no pocos puntos de entendimiento. Pero Neruda también—como la casi totalidad de los nuevos líricos de América—busca con sorprendente obstinación la sorpresa de la forma, la originalidad exterior, la manera dislocada, y casi irresponsable, que hace de la poesía una serie de saltos mortales en el vacío. De aquí la superioridad trascendente de Rafael Maya que ha sabido aquilatar su originalidad absoluta dentro de una forma acabada y serena. En Neruda la expresión es, a veces, vacilante, casi balbuciente: en Maya es siempre límpida y segura. No se deja él dominar—como el lírico chileno—por la manera huracanada e indómita sino que sabe domarla y hacerla suya hasta ofrecerla fácil y sencilla con una diafanidad alucinante. Lo mismo que Neruda, Pablo de Roca cultiva una lírica trepidante, con acentos intermitentes de genialidad, pero también desorbitada en la forma que en él es sólo un reflejo de su desequilibrio espiritual. Y ni Neruda, ni de Roca, se afirman triunfalmente al compararlos con Rafael Maya. Poetas excelentes ambos, ninguno llega a la integridad inspirada de Maya, ni acierta a equilibrarse con él en la dilatada y luminosa visión del cosmos. Y Neruda, y los maestros argentinos son hoy las caríatides más cinceladas de la lírica nueva. Después de ellos viene la legión de poetas menores, creadores de proyecciones intrigantes, de catalogación imposible por su profusión sorprendente, pero ninguno de ellos signado por el dios en la forma olímpica con que ha sido señalado Rafael Maya.

La poesía de Maya violenta los círculos familiares, el dolor y la alegría cotidiana, y adquiere, en su último libro, un vuelo universal, que es para mí el eje más seguro de su obra. Maya planea ya, con alas abundantes, sobre *ces grands terrains que les poètes modernes ont conquis sur le néant*,

y que Paul Morand delimitó en su agudísimo estudio sobre Reverdy. Este despojarse de la tragedia ambiente, del dolor minucioso, para construirse una noble arquitectura, y conquistar sobre el espacio inexplorado su dominio hasta acordar el ritmo propio al profundo latido universal, sólo se logra—como en el caso de Rafael Maya—después de una insistente y dolorosa disección. Entonces el poeta va más allá de sí mismo y su canto es casi otra voz cósmica, apenas humanizada por el temblor emocional. Y es en esa universalidad donde reside el más

alto don lírico de Rafael Maya, universalidad de horizonte y de profundidad en que el poeta comienza a obligar el mundo a la medida de su canto. Por eso, en la lírica de Indoamérica no existe hoy el artista integral que pudiera acoplarse con Maya. Recorreríamos en vano el itinerario del continente sin hallar la voz inspirada capaz de oponerse a los coros solemnes de este poeta total.

Ya era tiempo de decirlo, y sobran días para acabar de demostrarlo.

José Umaña Bernal

José M. Eguren: Sus mejores poesías

y 5.—Véanse las entregas 8, 9, 11 y 22 del tomo en curso.

—Tomadas, y corregidas, del *Boletín Bibliográfico* de la Biblioteca de la Universidad Mayor de San Marcos. Lima. Entrega correspondiente a diciembre de 1924—

—Otros poemas—

Gacelas hermanas

¡Gacelas hermanas!
Eran dos; en el bosque sombrío,
las ví en la mañana.

Luego reclinadas
en los dulces helechos hermosos,
las ví por la playa.

Ya tiernas, livianas
por los viejos caminos huían
del cuerno de caza.

Luego en la montaña
al oculto dios campesino
oraban, oraban.

Y en la tarde blanca,
las ví muertas en claro de bosque
¡gacelas hermanas!

Visiones de enero

Como de leyenda,
en remota hacienda
se veía el huerto
de las negras aguas,
con altos paraguas
de plantas verdosas;
en el musgo muerto
las sendas se pierden
como temerosas;
nos da la vertiente oculta, distante,
monótono ruido;
la fronda gigante
se ha descolorido;
donde amarillean
las vigas musgosas del puente caído,
unas grandes aves en las altas copas
gritan y aletean.
De la bruna casa en los soportales
están los blasones
con pardos halcones
caudales
y ornamentaciones;
las viejas paredes murciégalos rubios
golpean;
sobre los aluvios
y ojivas ondean
y dan en los grises cuartos ancianos,
donde duermen planos.
Allí, una marquesa
blanca, de calesa,
mora los veranos con la niña blonda,
la flor abismada.
En la temporada
de la hacienda andina
encontré a la niña tenue, cavilosa
como de neblina;

al pasar ligera
vestíbulo indiano,
su palabra era
como azul preludio de Chopin, lejano;
allí, de su sueño lánguida dulzura
contemplé silente,
bajo fronda oscura
por los barandales de la antigua estanza:
sonrió tristemente:
y hallé misteriosa su linda romanza:
y en melancolía
por la galería
de tapices rojos,
como de la muerte vaga celestia
contemplé en sus ojos;
y al sentir la bruma que la obscurecía
pensé de la niña de las soledades
en el huerto negro de viejas edades,
en casa vetusta
de raros sonidos
en donde vagaran los aparecidos
de mirada adusta;
pensé en las mansiones
de tribulaciones
de donde, con brillos de Luna de plata
fué una niña hermosa, en la paseata,
hacia la festiva, cercana pradera:
la niña azulada que nunca volviera:
y al ver el ensueño de mi guiadora,
luz encantadora,
la seguí anhelante
bajo cobertizo de ñorbo fragante;
por la pieza umbría,
la sala de arreos y de montería;
leve, soñadora
en sus rondinelas
por los cortinajes y las pasarelas
despedía el frío, el hielo de aurora;
con mirar arcano,
siguió por dormidos y plúmbeos salones,
sin tocar el piano
de muertas canciones:
por mustias estancias
de descoloridas matices de fresa
do, pensé, estaría la sutil marquesa
de alegres vagancias
con la lamparilla
a la alcoba fuimos verde y amarilla:
cuando oí, doliente
sonámbula, fuente,
pregunté a la niña, de las soledades,
si gozar podía
en mansión umbría,
donde el genio vive, de las heredades;
y ella respondióme con débil acento:
—El mudo aislamiento
para mi añoranza no habrá en las ciudades.
—¿Y en la galanura,
pintoresca vista
del golfo amatista?
—No turba mi sueño la bóveda oscura.

—Aquí tus celestes lirios virginales
serán funerales.
—Son lindas las flores de los ventanales:
dijo, y ocultando su faz pesada
de pálida rosa,
fué donde se erguían los alcanforeros
como una parada de antiguos lanceros:
por las rinconeras de buhos castaños
que en guardia silente,
volvían de frente
como pensativos sus ojos extraños;
por museo en ruinas,
con los patinosos apuntes de Goya,
con las golondrinas
en la claraboya;
con mi colorado farol mortecino
ví, cual de viñeta camarín hialino;
mis ojos despiertos
se abrían con ansia de ver a los muertos:
parecióme, entonces, que en arias y dúos,
a mi guiadora
hablaron los buhos
del dintel derruido;
y ella indagadora
mi pensar leyendo, dijo en són dormido:
—Cuentan maravillas
de esta casa añosa de mustias señales:
mil pavores cuentan las gentes sencillas,
las gentes banales.
—En la alcoba siento pasos desiguales:
¿las ayas vigilan?
—Son unas lejanas péndulas que oscilan:
nos miden las horas.
—Dulces a tu lado seran voladoras.
—En estos lugares no fueron injustas.
—Ahora olvidemos las cosas vetustas;
desde la persiana se ve la glorieta
con sus amercillos color de violeta:
allí, la dulzura sabré de tu sueño:
porque tus miradas serán más azules.
—Mi alma es secreta.
—Volverá a tus ojos el brillo risueño;
tus ojos cansados de mirar los gules;
volverá a tus ojos cuando picaflores
besen la azucena.
—Yo adoro la obscura mansión de mi pena,
—Hoy mis vespertinos y dulces vagares
trajo mi esperanza a estos lugares;
sentí a mi llegada, rubia sinfonía,
y ya en la penumbra teme el alma mía.
Eres una aurora
que soñares mustios no ha despejado.
—Yo soy un recuerdo de un ayer rosado.
—Abrirás tus ojos, al amor, despiertos.
—Cuán honda sería
tu melancolía
si los vieras muertos.
—Tú, juncal prelude de la primavera
feliz, no respondas de triste manera;
fulges como un lampo de la cordillera
en esta sombría estancia agorera.
—La ilusión aleja la quinta piadosa.
—Constante la ansio porque es vagarosa
como los perfumes.
—En vano consumes
tu llama en espera
de rosa quimera.
—Amo las festivas canciones soñadas
de quintas rosadas
do bailan las niñas
de ojos azules,
el baile de tules.
—Yo sé las baladas bellas ilusorias,
la gracia indolente
que llenan la mente
de tristes memorias:
sonata ninguna
habrá que al ensueño del amor no impulse:
aquí de Beethoven el Claro de Luna
amor encendía en la noche dulce.
De enero en la noche romántica una
senda vaporosa su rumbo torcía,
el aire sereno,
perfume de rosas del campo traía,
daban su veneno
las adormideras de la cercanía,
bajo guarangales
iba el ave ciega
con sus caprichosos vuelos desiguales;

escuché del bosque leve vocería,
y una cabalgata llegó veraniega;
con sus algazaras,
en la fuga puso los llantos, las murrias,
y en estas mansiones dormidas y raras,
sonaron festivas las dulces bandurrias;
y fué como un sueño, como una balata:
salí de paseo en la cabalgata.
—¿Y ciñó tu mente pasión importuna
en esos dormidos senderos distantes?
—Con las bellas voces de los paseantes,
las niñas tocaban el Claro de Luna.
—¿De la turba aislada,
de amor prisionera en la sombra fuiste?
—Salí de paseo en noche lunada,
tal vez mi recuerdo será vago y triste.
Dijo; y, encendiendo claros lamparines
brilló nacarina como la azucena;
el estanque enviaba desde los jardines
los arpegios suaves de su cantilena;
del huerto subían
y se desparcían
indianos efluvios,
en el pardo kiosco de hechura grotesca
vagaban las luces cual danza arabesca
de los duendes rubios.
La contemplé muda
como la esperanza;
la mente en la duda
o en la remembranza;
y siempre delante
de mí se ocultaba con triste semblante;
y busqué las flores que en su celestía,
me hubo ofrecido:
y este don había
desaparecido;
pensé que la noche
sería precaria:
lo que dura el broche
de la pasionaria:
que al llegar el día,
la flor se abriría
a nuevos amores:
la dulce gacela
sería mañana
de los cazadores;
y al ver la ventana
junto a la arboleda

que protegería la escala de seda
pregunté a la niña por el aposento
donde oyó bandurrias, de alucinamiento.
Ella apesurada, con suave desvío,
respondió:— A tu lado
murmura vacío.
—¿Tus ledos amigos de la noche artera,
dónde están ahora?
—Les tocó la muerte la reveladora,
la piedad postrera.
—¡Oh, tú que me hablas de triste manera:
¿la pálida noche nunca has revelado?
—¡Ay, no me preguntes su sueño enlutado!
—¿La pálida noche sabrá la marquesa?
—Hace largos años murió en su calesa.
—En estas mansiones lentas y remotas
será tu alba mustia, tu dicha precaria
como la estelaria.
—Quien sabe si miro las sendas ignotas,
de férvidas notas.
Tan sólo esta noche de Enero, serena
llegué a esta morada
por sentir la pena
de una remota, azul temporada:
por ver las esquivas y mudas estanzas
do vive la sombra de mis añoranzas:
y te hallé en la noche, como un bien perdido
en mística niebla.
—Tu secreto dime, de dulce tiniebla.
—Siempre para tu alma será incomprendido.
Dijo en la inclemente noche nebulosa,
la campiña estaba como negra fosa;
en la lejanía
un sauce moría
cual gigante armado
de sombrío yelmo
donde se extinguía
un fuego morado
cual luz de santelmo;
en monte distante,
en huerto lindante,
del ave agorera tembló el alarido
por vallas, taludes:
tocaban los sauces sus tristes laúdes,
y en quinta desierta,
junto a la fontana de llorosas voces,
me dió la adorable niña sus adioses,
callados de muerte.

Enero 1922

Margarita Ogilvy

Por su hijo

JAMES M. BARRIE

Trad. de Ernesto Montenegro

CAPÍTULO VI

Un sirviente para todo

A veces me tocaba a mí servir para todo.
Muy de mañana, mi madre llega sin ruido
hasta mi cuarto. La reconozco a pesar de
que mis ojos siguen cerrados y no estoy
más que a medias despierto. Puede que es-
tuviese soñando con ella, pues su presen-
cia me resulta muy natural, como si al des-
pertar no hiciera más que verla salir por
una puerta y entrar por la otra. Ella está
absorta en un monólogo:
—Me cuesta resolverme a despertarle...
no sería raro que hubiese estado escribiendo
hasta tarde... ¡Oh esa manía de escribir!...
No, mejor que no le despierte.
Me incorporo de golpe. Ella se retuerce
los brazos.
—¿Qué pasa?—exclamo,— pero sé de an-
temano lo que va a decirme. Mi hermana ha
caído con una de esas jaquecas a que ni ella
misma puede sobreponerse, y mi madre que
sonríe al dolor como a un amigo, está afli-
gidísima por el sufrimiento de su hija. Y se
dispone a ir a la cocina a prepararle una taza
de té.
—En un momento hago yo el té, madre.

—¿De veras? me dice entusiasmada. Es
a lo que ha venido, precisamente; pero no
puede dejar de reflexionar.—Es una lásti-
ma hacerte levantar.
—Y me voy a encargar de la casa por
hoy; voy a hacer fuego y a lavar la vajilla...
—No digas, ¿cómo había de pedirte eso
a ti, un autor de libros?
—No será esta la primera vez, madre, desde
que soy autor.
—Más bien di la cincuentena—dice casi
alegre.
He comenzado con suerte, pues lo prin-
cipal hoy día es mantener su ánimo.
Golpea a la puerta de calle. Es el pa-
nadero. Recibo el pan, mirando al hombre
con tal seriedad que no se atreve a son-
reírme.
Vuelta a golpear la puerta. Es el cartero.
(Espero que no haya visto que tenía la tapa
de la tetera en la otra mano)
Un ruido furioso en otra parte de la casa.
Esto quiere decir que el autor está en la
carbonera.
A poco llego arriba en triunfo con mis dos

Fantoches

desayunos servidos. Mi entrada a la pieza la hago no como un simple hijo de familia, sino a la manera de aquel mozo de Glasgow. Me explicaré. Había sido el único criado que sirvió a mi madre, el único sirviente masculino que ella había ocupado alguna vez, habiendo trabado conocimiento con él en un hotel de Glasgow que ella tenía ansia de conocer; a su idea esa cosa monstruosa, un hotel, debía ser algo como una posada de campo con una docena de dormitorios anexos. No me he olvidado de cómo le brillaban los ojos—por más que tratara de aparentar que nada había de extraordinario en la experiencia—y después de que hubimos entrado al hotel, si bien ella nada decía, pude leer la desilusión en su semblante. Ella comprendía mi satisfacción al tenerla allí, por lo que no quería echar una ducha sobre mi entusiasmo, pero pronto mi argucia la hizo confesar. No, se sentía muy cómoda; la casa era grandiosa sobre toda ponderación, pero... pero... ¿dónde estaba él? En verdad no se mostraba muy amable... «Él» era el hotelero; ella esperaba que nos recibiría a la puerta, y después de informarse de nuestra salud nos preguntara cómo dejamos a los demás encasa, y entonces ella le hubiese preguntado como estaba su señora y cuántos niños tenían, después de lo cual nos habríamos sentado juntos a la mesa.

Dos camareras entraron a su pieza y la arreglaron sin dirigirle una sola palabra sobre el viaje o cualquier otro asunto, y tan pronto como hubieron salido:—¡Vaya unas señoritas más orgullosas!—dijo mi madre con irritación.—Pero lo que más la ofendió fué la conducta del mozo, con su ostentoso frac negro, su paso breve y rápido y esa «toalla al brazo». Sin dignarse siquiera a decir «bienvenidos», nos empujó las sillas para que nos sentáramos a la mesa; nuestra lista de platos no le arrancó siquiera un signo de aprobación por nuestra liberalidad; quedóse luego dando vueltas a la mesa como si temiera por sus cuchillos y tenedores (ojalá hubiese podido él ver los cuchillos y tenedores que ella poseía); pretendía no oír nuestra conversación, y por más que nos riéramos ni una sonrisa alteraba su tiesura; por fin cuando nos retirábamos abrumados, tuvo para remate la insolencia de abrir la puerta por nosotros.

Bien que esto la ofendió grandemente por el momento, lo divertido de nuestras experiencias se le hizo al fin aparente, y de vuelta a casa se complacía en imitar esas escenas con unción, repitiéndolas a veces ante gentes que habían estado en muchos hoteles y con más frecuencia ante otras que no habían estado en ninguno, y cualesquiera que fuesen sus oyentes, ella los hacía invariablemente reír, aunque no fuese por iguales motivos.

Por esto, ahora cuando entro a su pieza con la bandeja, llevo al brazo esa insignia de honor, la toalla, y me acerco con paso elástico a anunciar a madame que el desayuno está servido, mientras que ella exhibe sus maneras de sociedad y me llama caballero, me pregunta con cruel sarcasmo con qué fin llevo esa toalla (si no es por vano despliegue). Y cuando digo:—¿Necesita Madame alguna otra cosa? ella replica que sí, que le haga el favor de tomarme el desayuno yo mismo. Pero a esto me hago el desentendido pues mi objeto es ponerla de humor para que coma algo sin quererlo.

Una vez que he lavado los trastos pienso que puedo ponerme a escribir, y estoy ansioso por hacerlo, pues tengo una idea en la cabeza, que si algo vale será porque ella me la ha inspirado. Pero, ¿me atreveré? Sé bien que la casa no está en orden, que hay que hacer las camas, que si el exterior de la tetera está limpio, ¿qué diría alguien si mirara dentro? ¡Qué lástima fue que volcara el barril de harina! ¿Puedo confiar en que mi

MAX entra cavilando a mover sus fantoches—pedazos de su sombra añadidos al chaleco y corazón de otros hombres y a las mujeres recortadas de los figurines de modas. Artificio hasta el exceso el libro va desdoblándose con una crueldad de inteligencia.

Las figuras recortadas asumen el drama de lo decorativo. Es lo epidérmico constante lo que da ritmo a la realidad en la farsa de los que están jugando con sus pasiones delante de nosotros y que nos comprometen de sinceridad al recordarnos el parentesco con nuestros desemejantes los hombres. Hay muecas circunspectas que hacen retroceder nuestra curiosidad siempre insistente en lo que ya conoce.

Sus juguetes líricos—los fantoches parecen trasnochar en atmósferas de silencio. Tienen la filosofía de la superficialidad. Paul Valéry dice que «la piel es lo más profundo del hombre».

Salimos del libro entre imágenes rápidas que se sustituyen con una cadencia intelectual pensando que nada es más real que lo fantástico.

Francisco Amighetti

San José, Costa Rica.

madre se olvide siquiera una vez de hurgar estas cosas? ¿Querrá mi hermana resignarse a que el desorden reine hasta mañana? Me resuelvo a entregarme a la suerte. Habré estado trabajando una media hora cuando siento pasos encima de mi cabeza. Una o la otra de ellas busca la causa porque la casa está tan en silencio. Arrastro las tenazas, pero ni esto las satisface, por lo que pongo mis papeles en el cajón otra vez, y lo que ahora se oye no es el rasgueo de la pluma, sino el restregar de ollas y sartenes, o me voy a hacer las camas, y a hacerlas por completo, porque ya sé que después mi madre (la conozco) vendrá a levantar la colcha por ver si confirma sus sospechas.

La cocina está ya imaculada, sin un solo tiesto a la vista, a menos que se mire debajo de la mesa. Tengo la convicción de haber ganado el derecho a una hora de escribir siquiera, y allá me voy con toda gana. Una página, dos páginas, voy adelantando, a lo que parece, cuando... ¿fué que se abrió una puerta? Pero como sé que los ligeros pasos de mi madre me persiguen hasta en sueños, vuelvo de nuevo a mi «galera», y un momento después la veo llegar a mi lado. Me dice que no vaya a creer que ha abandonado su cuarto, pero de repente tuvo la certidumbre de que yo estaba escribiendo sin nada caliente en qué poner los pies. Trae un felpudo en la mano. Ya que está aquí, resuelve quedarse por un rato, y aunque está allá en el sillón junta al fuego, donde se sienta muy derecha (gustábale poner almohadones en el respaldo de las sillas pero aborrecía reclinarse en ellos) y yo estoy encorvado sobre la mesa, sé muy bien que el contento y la lástima luchan en su semblante: el contento vence cuando echa una ojeada a la habitación, la lástima cuando me observa a mí. Cada pieza del mobiliario desde las sillas que llegaron el mismo día que nació, y que están mucho mejor conservadas que yo, por más que yo era novencito y ellas de segunda mano hasta el centro de mesa, cuyo tejido de estilo moderno es de mano de ella, y cuyo punto lo aprendió a la mitad de la lección, estando en sus setenta años, todo tiene para ella una historia de esfuerzo y de triunfo de lo cual proviene su satisfacción; pero suspira a la vista de su hijo, que moja la pluma y traza unos rasgos y muerde el maldito instrumento.

—¡Oh, esa manía de escribir!

En vano le digo que escribir es para mí tan agradable como jamás lo fué para ella

la expectativa de un montón de ropa que aplanchar: que añadir un nuevo capítulo es (para algunos, no para mí) tan fácil como sacar bizcochos del horno.—No, contradice ella, porque un bizcocho es igual a otro, en tanto que los capítulos... Y puede que entonces ella haga un guiño y diga con picardía:—¡Vaya, que bien podrías tener razón, pues a veces tus bizcochos se parecen tanto como los míos!

Otras veces interrumpe mi trabajo con el grito de que estoy de nuevo haciendo muecas. Es una miserable debilidad mía que, si escribo que uno de mis personajes sonríe estúpidamente, ha de haber una expresión de estupidez en sonrisa: si frunce el entrecejo o mira de soslayo, yo miro de soslayo o arrugo el entrecejo; si es un cobarde o padece contusiones, yo me encojo o contorsiono mis piernas hasta el punto de tener que dejar de escribir para deshacer el nudo. Saludo con él, como con él, me muerdo el bigote con él. Si el personaje es una dama de risa musical, yo les he de sorprender con una exquisita carcajada. Uno suele leer de la versatilidad de un actor que aparece gordo o flaco en una misma noche, pero ¿cómo compararle con el novelista que es una docena de personajes en una hora? Temo que moralmente nos quedemos pronto deteriorados, pero éste es un tema que me parece prudente dejar a un lado.

Siempre nos dirigíamos la palabra en puro dialecto escocés (todavía pienso en él), pero de vez en cuando ella empleaba una palabra que me sonaba a nuevo, o puede que oyera a uno de sus contemporáneos usarla. Luego se me presentaba la oportunidad de sonsacar el significado. Si pregunto abiertamente qué palabra fué la que dijo hace un momento, «bilbie» «silvendy», ella se sonroja y dice que nunca usa palabras tan vulgares, o ¡qué diantres! es una palabreja tan olvidada que ella nada puede decirme. Pero si en el curso de la conversación digo como de pasada: ¿Encontró el «bilbie»? o ¿Era eso bastante «silvendy»? (por más que el sentido de la pregunta sea vago para mí), cae en la trampa, y el significado de las palabras se explica sólo en la respuesta. O puede que por esta vez vea adónde voy con mis preguntas, y tan sensible es que se siente seriamente ofendida. Su cara pierde su sonrisa vivaz, y sus ojos... pero ya estoy en el brazo de su sillón, y todo se ha olvidado. De todas maneras, no más palabras añejas saldrán por hoy de su boca, y hay tan grande cambio en su charla como cuando en vez de su gorra blanca se pone la capota.

Salgo a dar mi paseo de las tardes y ella me ha prometido atrancar la puerta y no abrirla para nadie. A mi regreso... bueno, la puerta sigue trancada, pero mi madre tiene una expresión entre tímida y engreída. Sospecho que está impaciente por decirme algo, pero que no se atreve por no delatarse a sí misma. ¿Habría abierto la puerta, y si es así, con qué objeto? Nada pregunto pero estoy en guardia. A ella le toca disimular ahora.

—¿Has entrado a la sala desde que volviste?—me pregunta con aparente indiferencia.

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—¡Oh! me pareció que bien podrías haber entrado.

—¿Hay algo nuevo en ella?

—Yo no he dicho que hubiera, pero... anda a ver, nada más.

—No puede haber nada de nuevo si no has abierto la puerta, digo con intención.

Esto la abruma por un momento, pero su deseo de que vaya a ver es más fuerte que su temor. Me dirijo a la sala, seguido de ella, que marcha indiferente en apariencia pero con mirada de triunfo. ¡Con cuánta frecuencia no ocurrían estas escenas íntimas! Nunca se me advertía de una nueva compra, sino que se me llevaba a su pre-

sencia de sorpresa, y luego ella se quedaba esperando con timidez mi gesto de asombro.

—¿Lo ves?—me dice ansiosa, y yo lo veo y lo oigo, pues esta vez es un flamante sillón de mimbre de esos que crujen solos los seis primeros meses de uso.

—Un vendedor ambulante los llevaba en un carro—comienza a decir mi madre: y lo que viene en seguida se me presenta a la vista antes de que agregue otra palabra. Por lo menos ha pasado diez minutos regateando con el vendedor a la puerta. Pero sería cruel reconvenir a una mujer que se siente tan ufana.

—Quería quince chelines—exclama,—pero ¿sabes cuánto lo hice bajar?

—¿A siete y seis peniques?

Ella palmea de gusto:

—¡A cuatro chelines! Tan cierto como que estoy viva—dice.

Nunca he visto a una mujer tan apasionada por una ganga.

Miro la compra con la sorpresa que se espera de mí y la misma silla se agita y suspira al oír el precio a que ha salido (¿o acaso se está burlando de la compradora?)

—Y el hombre me aseguró que a él le costaba cinco chelines—añade mi madre muy ufana. Uno se la habría imaginado como la criatura más sin corazón si en esto un golpe en la pared no nos llamara junto a la cama de mi hermana. Por más que se hallara acostada, ella lo ha oído todo, y esto es lo que tiene que decir en una voz que causa gran irritación a mi madre:

—¿Usted hablando de gangas? Yo aseguraría que anda por los diez chelines lo que pagó por el sillón.

—Ni un centavo más de los cuatro chelines—insiste mi madre.

—Así será—dice mi hermana.—Pero después de pagarle el dinero yo te oí en el cuarto de la plancha. ¿Qué hacías allí?

Mi madre pestañea.—No diré que no le regalara algún sobretodo de desecho, tartamudea.—Su aspecto me dió lástima. Pero eso fué después de cerrar el trato.

—¿Había alguna muchacha en el carro?

—No estoy segura de si había alguna muchachita en el carro.

—Lo sospechaba. ¿Y qué le regalaste? Te oí andar por la despensa.

—Cuatro chelines es todo lo que pagué por el sillón—replica mi madre con firmeza.

Si no tercio en el debate puede que se enfrie su mutuo cariño, así no sea más que por un minuto.—Tienes sangre en un dedo, digo a mi madre.

—Así es—dice ella escondiendo la mano.

—¡Sangre!—exclama ansiosa mi hermana, y luego con un grito de triunfo: ¡Si es gelatina! Le diste a la muchacha uno de los frascos de conserva!

Vuelvo a asumir mis aires de mozo de Glasgow y subo el té. Pronto mi hermana se siente más aliviada y tras una ruda refri se me expulsa de la cocina. Lo último que me corresponde como factótum de ocasión es arramblar escalera arriba con el canasto de la ropa limpia que acaba de llegar del lavado. Ahora ya tiene mi madre deliciosa ropa blanca que acariciar con sus dedos; siempre que el canasto volvía de la lavandera asomaba una sonrisa de arrobaamiento a la faz de mi madre, y convertíala otra vez en el activo genio de la casa. Será mejor que la deje ahora con sus sábanas y cuellos y servilletas y delantales; lo más probable es, ciertamente, que me mande salir. Los hijos son buena cosa, pero imagínese a uno de ellos que pone los pies en una colcha.

Mi hermana está allá y yo estoy aquí, o procuraré decirlo llanamente con un esfuerzo: ella está en la cocina y yo estoy en mi mesita de la sala. Ojalá ruego mentalmente, no se me perturbe, porque esta noche he de hacer que mi héroe diga: «Amor mío», y esto pide a la vez aislamiento y concen-

tración. En una palabra, tendré que admitir (aunque me gustaría no ser tan explícito) que me he puesto a escribir una escena de amor. Lo he venido retardando demasiado; Alberto no ha hecho más que llamar «querida mía» a Marión (esos no son los nombres reales), pero aun cuando el público haya leído la expresión sin pestañear, puedo asegurar que yo la escribí con la nerviosidad de quien dispara por primera vez una escopeta. Mis consejeros me dicen que poco a poco llegaré a conseguir que Alberto diga «amor mío», sin ruborizarme, y aunque la estreche en sus brazos, pero yo comienzo a dudarle: al llegar el instante sigo tan tímido como siempre. Sigo prefiriendo echar llave a la puerta, y entonces—sin más testigo que el perro—le «hago declararse» violentamente con los dientes apretados, mientras que el mastín se va a un rincón gimiendo. Uno de esos impasibles ingleses, me dicen, puede escribir una escena de amor y en seguida irse muy fresco a comer, pero ese comportamiento es contrario a la naturaleza del escocés, y ni los más grandes novelistas se atreverían. Imagínese a Mr. Stevenson frente a un héroe, la heroína y una inminente declaración (él no halla donde meterse). En las mismas circunstancias, sir Walter se escapa gracias al recurso de situar sus escenas de amor entre el final de un capítulo y el comienzo del siguiente; pero él podía permitírselo todo, mientras que los escritores menudos tienen que uncirse a su tarea, por más que el perro cese de gemir. Así estoy yo uncido cuando veo entrar a mi madre con un aire de ansiedad.

—Supongo que estarás terriblemente preocupado, me dice.

—Bueno la verdad es que estoy algo ocupado... pero ¿qué quieres de mí?

—Sería una lástima pedírtelo.

—Pídemelo de todas maneras.

—Tengo tanto miedo de que se manchen.

—Quieres que yo...

—¡Si subieras por un momento a ayudarme a doblar las sábanas!

Las sábanas quedan plegadas y yo vuelvo a Alberto. Le echo vuelta a la llave, y al fin

voy consiguiendo que mi héroe se atreva muy pasablemente (empujado por mí) cuando viene a sorprenderme esta pregunta de mi hermana por el ojo de la cerradura:

—¿Donde dejaste el rayador?

Si dejo escapar a Alberto, tendré que comenzar de nuevo; por lo tanto, lo retengo con todas mis fuerzas y grito indignado a mi hermana que no he visto el rayador.

—Y entonces con qué rayaste las zanahorias?—pregunta la voz, y el aldabón es sacudido tal como yo sacudo a Alberto.

—Con una taza rota, replico yo con sorprendente prontitud, y me vuelvo a escribir de nuevo, pero con menos contracción, porque una sospecha va haciéndose en mí de que puse el rayador en el cajón de la máquina de coser.

Estoy reflexionando sobre si deberé confesar o plantarme en mi negativa, cuando oigo a mi hermana que sube corriendo la escalera. Tengo el presentimiento de que ha ido a hablar de mí, y vilmente entreabro la puerta y me pongo a escuchar.

—¡Quiero que veas esto, madre!

—¿Un estropajo?

—En eso ha venido a parar.

—¡Valgame Dios! es una de las servilletas nuevas.

—Eso era antes. ¡El la tomó para pulir la parrilla de la cocina!

(¡Lo recuerdo!)

—¡Pobre de mí! Eso es lo que ganamos con la porfía de que no me mueva de este cuarto. Oh, en mala hora los hombres se ponen a hacer oficios de mujeres.

—No hay manera de adivinar, madre. ¿qué es lo que lo hace tan descuidado.

—Es esa manía de escribir.

—Y lo peor es que mañana saldrá hablando como si hubiera hecho maravillas.

—Así es toda la bendita casta.

—Así es, pero como de costumbre, tú le llevarás el amén, madre.

—¡Oh, ya vez que eso le agrada, dicé mi madre, y nosotros podemos reírnos a nuestro gusto mientras él está en su encierro.

—Es la criatura más torpe que he visto.

—Así es, pero, pobrecito, hace lo que puede.

Tablero

= 1928 =

Los libros y folletos de la semana:

La remesa de libros de esta semana, por muchos motivos la estimamos.

Del Padre Pallais, en León de Nicaragua, hemos recibido:

A. H. Pallais, Pbro.: *Bello tono menor*. León, Nicaragua, C. A.

En breve daremos al Padre Pallais la opinión a que nos mueva este libro de poemas, que, como todos los suyos, han de ser muy bellos.

José Carlos Mariátegui, en Lima, nos remite su libro:

7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana. Biblioteca AMAUTA. Lima. 1928.

Advertencia del autor:

Reuno en este libro, organizados y anotados en siete ensayos, los escritos que he publicado en *Mundial* y *Amauta* sobre algunos aspectos sustantivos de la realidad peruana. Como *La Escena Contemporánea*, no es éste, pues, un libro orgánico. Mejor

así. Mi trabajo se desenvuelve según el querer de Nietzsche, que no amaba al autor contraído a la producción intencional, deliberada, de un libro, sino a aquel cuyos pensamientos formaban un libro espontánea e inadvertidamente. Muchos proyectos de libro visitan mi vigilia; pero sé por anticipado que sólo realizaré los que un imperioso mandato vital me ordene. Mi pensamiento y mi vida constituyen una sola cosa, un único proceso. Y si algún mérito espero y reclamo que me sea reconocido es el de—también conforme un principio de Nietzsche—meter toda mi sangre en mis ideas.

Pensé incluir en este volumen un ensayo sobre la evolución política e ideológica del Perú. Mas, a medida que avanzo en él, siento la mecesidad de darle desarrollo y autonomía en un libro aparte. El número de páginas de estos *7 ensayos* me parece ya excesivo, tanto que no me consiente completar algunos trabajos como yo quisiera y debiera. Por otra parte, está bien que aparezcan antes que mi nuevo estudio. De este modo, el público que me lea se habrá familiarizado oportunamente con los materiales y las ideas de mi especulación política e ideológica.

Volveré a estos temas cuantas veces me lo indique el curso de mi investigación y

mi polémica. Tal vez hay en cada uno de estos ensayos el esquema, la intención de un libro autónomo. Ninguno de estos ensayos está acabado: no lo estarán mientras yo viva y piense y tenga algo que añadir a lo por mí escrito, vivido y pensado.

Toda esta labor no es sino una contribución a la crítica socialista de los problemas y la historia del Perú. No faltan quienes me suponen un europeizante, ajeno a los hechos y a las cuestiones de mi país. Que mi obra se encargue de justificarme, contra esta barata e interesante conjetura. He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales. Sarmiento que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fué en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino.

Otra vez repito que no soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones. Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano. Estoy lo más lejos posible de la técnica profesoral y del espíritu universitario.

Es todo lo que debo advertir lealmente al lector a la entrada de mi libro.

José Carlos Mariátegui

Lima, 1928.

y el INDICE:

Advertencia.—Esquema de la evolución económica.—El problema del indio.—El problema de la tierra.—El proceso de la Instrucción Pública.—El factor religioso.—Regionalismo y centralismo.—El proceso de la literatura.

De tan interesante libro tenemos algunos ejemplares disponibles. A \$ 5 (1.25 oro) el ejemplar.

De Rogelio Buendía, en Huelva, España:

Naufragio en 3 cuerdas de guitarra.

Firma nueva para nosotros. Este poema nos mueve a estimarla.

La Universidad de Tucumán nos ha remitido dos de sus publicaciones recientes:

Historia de la Gobernación del Tucumán (Siglo XVI), por Manuel Lizondo Borda. Buenos Aires, 1928.

y *Boletín de la Universidad Nacional de Tucumán*, N.º 34. Agosto de 1928.

La Cía. Anónima EL SOL, propietaria de *El Sol* y *La Voz*, (Larra, 8. Madrid) nos manda un libro interesante:

El Sol, texto de un número de doce páginas (1.º de julio de 1928).

Con el ejemplar, una carta explicativa que nos place reproducir:

Agosto de 1928

Sr. Director de *Repertorio Americano*

San José

Muy distinguido señor nuestro:

Tenemos el gusto de enviarle un ejemplar del libro que acaba de publicar *El Sol* y que es reproducción de su número del día primero de julio del corriente año.

Al texto que contiene ese número hemos agregado una breve semblanza de lo que es *El Sol*, en español, francés, inglés y alemán; una nota de lo que es el periódico página por página; otra sobre nuestros ta-

Mensaje a la ciudad de Heredia

(La ciudad de Heredia obsequiará con una casa a la señora viuda y a los hijos de Omar Dengo).

Noble ciudad:

Tú, que diste en vida cariñoso asilo al Maestro, váis ahora a ofrecer un hogar a su viuda y a sus hijos. ¡Bendita seas! Nunca como ahora he de repetir el célebre apotegma de Martí que «honrar, honra.»

Tú le viste llegar a vuestros lares lleno de juventud, de sabiduría y de entusiasmo. Después, en horas tremendas para la Patria, lleno de dolor, pero con fé, le mirásteis en actitud heroica dejar la cátedra, vender hasta los muebles de su hogar para alejarse luego a un distrito rural y convertirse en maestro de niños, hijos de peones, es decir, de esclavos...

Luego volvió a dirigir vuestra Escuela Normal—tribuna, templo, biblioteca y hogar.

Allí se principió a delinear, con caracteres definitivos, la personalidad del joven maestro. Todos lo mirábamos con afecto, respeto y admiración.

En la tribuna era como un centauro. El gesto tribunicio, la palabra sonora y melodiosa, el concepto luminoso... Era un poeta y era un vidente. En la pelea una pantera, en la filosofía una águila, en la ironía una espada y en el amor una torcaz.

El había hecho de su escuela un sistema planetario de ideas luminosas en torno del sol de su bondad y de su sabiduría.

Varias veces intentamos arrancarlo de vuestro lado y él jamás quiso abandonar vuestra bondadosa compañía.

Por eso vuestra ofrenda, ahora después de su transfiguración, tiene el sello eterno de la justicia.

Afortunada la ciudad que un día dió asilo a aquel que fué en la vida como un «escogido de Jehová.»

J. J. SALAS PÉREZ

Diciembre 1928.

lles—en los idiomas ya citados—y la lista de los redactores y colaboradores. Damos también el facsímil de las doce páginas y fotografías de nuestras distintas dependencias.

Hemos hecho este volumen con motivo de la Exposición de Colonia y para dar una idea de la calidad y cantidad de lectura que contiene nuestro periódico. Se trata de un libro de 390 páginas de las que 250 aproximadamente constituyen el texto de dicho número de *El Sol*—excluidos, naturalmente, los anuncios—es decir, que por diez céntimos damos al público la equivalencia en volumen de un libro de los que corrientemente cuestan cinco o seis pesetas.

Mucho celebraremos que el ejemplar adjunto sea de su agrado y con tal motivo, nos ofrecemos de usted con toda consideración attos. s. s.

q. e. s. m.

El Sol C. A.

El Gerente,
V. Sarache

El Dr. Salvador Mendieta (Diriamba Nicaragua) reeditaré sus obras agotadas y editará las inéditas, que son seis. Circulará en breve la primera: *Alrededor del Problema Unionista de Centro-América.*

En estas patrias del Caribe, el Dr. Mendieta cuenta con lectores numerosos que lo estiman.

Espasa-Calpe acaba de entregar a la curiosidad de su numerosa y distinguida clientela esta obra:

De la serie los VIAJES CLÁSICOS:

Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España, por Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores. Prólogo de Carlos Pereyra. Espasa-Calpe. Madrid, 1928. Dos tomos.

Precio de los dos tomos: \$ 13.

De la COLECCIÓN UNIVERSAL:

Fedor Dostoievski: *Stepantchikovo*. Novela. Traducción de R. Baeza y R. Zhukovski. En dos tomos. Precio de la obra: \$ 1.75

Manuel y Antonio Machado: *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel*. Tragico-media en cuatro actos y en verso. Precio: \$ 0.85.

J. W. Goethe: *Campaña de Francia (1792) y cerco de Maguncia*. Trad. del alemán por R. M. Tenreiro. En dos tomos. Precio \$ 1.75.

Lope de Vega: *La discreta enamorada*. Comedia. Precio: \$ 1.25.

Calderón de la Barca: *Guárdate del agua mansa*. Comedia. Precio: \$ 0.85.

La Revista de Occidente, Madrid, aumenta el tesoro de su BIBLIOTECA con esta obra, de la serie *Nuevos Hechos. Nuevas Ideas*:

Heinz Heimsoeth: *Los seis grandes temas de la Metafísica occidental*. Trad. del alemán por José Gaos. Precio: \$ 9.

Señas de escritores:

Eduardo Villaseñor.—Nuevo México 101. Ap. 24-79. México. D. F. México.

José de la Luz León.—Consulado de Cuba. La Coruña, España.

Montiel Ballesteros.—Joaquín Núñez 2940 Montevideo. Uruguay.

Aurelio Pego.—c/o Nestle's, 2 Lafayette Str. New York City, U. S. A.

Moisés Vincenzi.—San José de Costa Rica.

G. Castañeda Aragón.—Consulado de Colombia. Willemstad. Curaçao.

Rogelio Buendía.—Gobernador Alonso, 1 Huelva. España.

Carlos Massini Correas.—Larrea 1196. Bs. Aires. Rep. Argentina.

Adolfo de la Guardia.—Sta. Fé 2698. Bs. Aires. Rep. Argentina.

Alvaro Yunque.—Estados Unidos 1822. Bs. Aires. Rep. Argentina.

Con retraso sale esta carta de José Eustasio Rivera. Hoy sabemos que desgraciadamente la muerte se lo tragó, allá en Nueva York, pocos días después de haberla escrito, cuando nuestro amigo tenía tantas ilusiones de trabajo y de progreso...

Nueva York, octubre 30 de 1928.

Sr. don

J. García Monge

San José de Costa Rica

Estimado amigo:

Había demorado la respuesta a su atenta carta porque deseaba comunicarle algo preciso y definitivo acerca de la edición espa-

ñola de *La Vorágine*, que al fin va a ser una realidad a mediados del mes entrante.

Ante todo, le pongo a sus órdenes la Editorial ANDES, fundada por mí y acerca de cuyos propósitos encontrará noticia en el folleto que le acompaño. Ojalá que usted, si encuentra plausible mi programa, ponga alguna nota sobre el particular en su periódico, que es la paloma mensajera de cuantos nos interesamos por cosas literarias. Aspiro además a entrar en relaciones con las casas editoras de América, en el sentido de establecer aquí una agencia o muestrario de los libros que se publiquen, a fin de mantener al corriente en este país a los lectores de lo que valemos. Usted sabe que vivimos en una desconexión absoluta y que por lo menos, debemos situar puntos de referencia para conocernos y para que nos conozcan.

El *Repertorio* no me llega con mucha regularidad, cosa que lamento mucho porque lo leo siempre con fruición y entusiasmo. Mi dirección es la misma que lleva el folleto. Para muy pronto le ofrezco alguna colaboración inédita.

Antenoché me recibió en sesión especial el Instituto de las Españas, de la Universidad de Columbia, y fui muy agasajado y encomiado. Tuve por compañero al novelista español Bartolomé Soler, cuyo talento corre parejas con su bondad y simpatía. El es autor afortunado de *Marcos Villari*, novela que le ha conquistado envidiable reputación.

¿Dónde están Vincenzi, Sotela y Rafael Estrada que no han contestado mis cartas? Si los vé, déles recuerdos de mi parte. Y usted reciba el cordial saludo de su amigo y estimador sincero,

JOSÉ EUSTASIO RIVERA

144 West, 73 rd Street.

El Cuartel contra la Escuela

Violenta represión contra el Magisterio Chileno

La Internacional del Magisterio Americano (I. M. A.), protesta contra este bárbaro atentado a la cultura, e invita a todos los hombres de sensibilidad y de conciencia a solidarizarse con las víctimas

A los Maestros y Hombres Libres de América:

«La Asociación de Profesores de Chile, la única agrupación de hombres que yo sentía viva en Chile—ha dicho Gabriela Mistral—, cuyo coraje me hacía esperar en una volteadura de la escuela primaria, o se ha acabado o se acabará pronto. Cae por un escándalo que se ha levantado en torno de ella, por gente que no la ha oído, sino que ha obrado por el muy vil *dicen que dicen*, con lo cual en nuestra América se mata la reputación de un hombre o de un grupo.»

Antes del año en que la ilustre maestra escribiese desde Europa estas proféticas palabras, la realidad las ha confirmado dolorosamente.

En efecto, acaba de perpetrarse en Chile un vandálico atropello contra el magisterio mejor organizado y orientado de nuestro Continente, el cual representaba—y sigue representando—en el país hermano, la única fuerza moral que se conservó incontaminada en la *debacle* política de los últimos cinco años, que ha trastornado a esa República.

Debido al valor virtual de su prédica y a la intensidad social de su acción corporativa, había logrado hacer una conciencia educacional en el país, que se tradujo en la reforma escolar más avanzada que se haya ensayado en América.

Cuando esta conquista de los maestros y el pueblo empezaba a aplicarse con el más lisonjero de los éxitos, el gobierno de facto

que se ha alzado contra la Constitución y las libertades públicas, le asesta un golpe de muerte en la persona de los educadores que la inspiraron e impulsaron y que demostraron su sinceridad y su capacidad profesional en la primera etapa de su realización.

Todas las fuerzas retardatarias de Chile, coaligadas por el vínculo de sus comunes privilegios e intereses de clase, han conspirado por intermedio de la dictadura militar para destruir una reforma educacional que implicaba la redención moral y material del esclavizado pueblo chileno, y para acabar con la organización gremial de los maestros, que jugaba un papel preponderante en la evolución social del país.

La siniestra personalidad del dictador que envilece al país hermano, al perseguir las ideas en la forma violenta que lo hace, sólo tiene parangón con el inquisitorial monarca Fernando VII, que se ufana de haber arrojado el pensamiento de las Universidades, y para el cual era un homenaje escuchar de labios del abyecto rector de Salamanca: «¡Señor, aquí no se piensa!».

Antes que las instituciones educacionales de Chile retrograden a tan servil condición, los maestros y hombres libres de América, junto con expresar su repudio al funesto régimen gubernativo de ese país, deben ayudar a reconquistar la autonomía de la enseñanza y el ejercicio de los fueros magisteriales, hoy amagados por la dictadura al servicio del imperialismo.

La I. M. A., encargada por la Convención Americana de Maestros, de velar por la libertad de opinión y el derecho de agremiación del magisterio, concita a todos sus efectivos, a los educadores en general y a cuantos se sientan tocados por las brutales medidas que denuncia, a expresar su protesta contra los autores de la represión, y a materializar su solidaridad con las víctimas.

La actitud enérgica que asuman los maestros del Continente en esta hora angustiosa para los maestros chilenos de vanguardia, evitará la repetición de tan odiosos atentados, atenuará las consecuencias del actual y será el índice para apreciar el grado de solidarismo alcanzado por los trabajadores

del aula, y el gesto que consagrará su alianza internacional definitiva.

Por nuestros hermanos de Chile, a la obra!

¡Contribuid en la colecta pro - Maestros perseguidos de Chile! Enviad vuestro óvulo a nombre del Secretario de la I. M. A., profesor César Godoy Urrutia.— J. E. Uriburu 148, Buenos Aires (R. A.)

Vidriales

Por Chérie García y Onrubia

Chérie García y Onrubia ha publicado un libro de versos que dedica a la memoria de su ilustre abuelo Emilio de Onrubia.

Espíritu culto y aristocrático por tradición de familia, ella misma es su más bella poesía, de las que irradian todas las que iluminan su elegante obra.

Su edad física no corresponde a su edad intelectual, porque su precoz talento la consagra por su inspiración, su sentimiento, su estilo propio y la magnificencia de sus ideas como una poetisa de alto valor.

Una filosofía escéptica ha puesto en su poesía *Al comprender la vida*.

Sus composiciones *A Sevilla* y *Granada* demuestran que ha sabido interpretar el estilo que los moros dejaron en España y que sus lindos ojos vieron.

Al leer su soneto *A Cervantes* podría esperarse hallar al final la firma de Lope de Vega, Argensola o algún otro clásico castellano.

Las estrofas de *Consejo* cantan enérgicamente indómitas rebeldías

Al través de su libro en general la adolescente autora nos deleita con la galanura de su ritmo, su léxico apropiado, la indiscutible belleza de sus imágenes y la polí-cromía de sus temas.

Chérie García y Onrubia es una nueva y radiante estrella que ha aparecido en el cielo del pensamiento rimado americano.

Themis

Sobre el Mínimum Vital

Nuestro Ministro en México, don Juan Ramón Uriarte, se ha referido bondadosamente a nosotros, al refutar algunos cargos contra el Gobierno de El Salvador. Dice el señor Uriarte.

«La campaña de Masferrer se ha ceñido a problemas nacionales. Y a pesar de la ley de Estado de Sitio vigente, ha mantenido una actitud de crítica contra el Gobierno, señalando la bondad y los errores de la dirección pública.

»Por carta del propio Masferrer, aseguramos que él no dejará el país, y que al contrario, ahora más que nunca, está empeñado en cumplir su propaganda cultural y en defensa de su doctrina del *Mínimum Vital*, que aspira a informar una absoluta transformación de las instituciones salvadoreñas, organizándolas en una construcción nueva, que significa la adopción de una conducta estatal más eficaz y más justa, frente a los problemas económicos de más urgencia. A su iniciativa valiente se debe la creación reciente del Comité de Subsistencias, que es una verdadera oficina de salud social».

Agradecemos mucho la favorable apreciación que hace el señor Uriarte, de nuestra campaña sobre el *Mínimum Vital*. Una de las grandes ventajas de este mundo, la mayor quizá, es ser comprendido. Por desgracia, es sumamente raro hallar uno quien le comprenda, sino es la madre, algún raro amigo, y acaso, una compañera que alumbró el horizonte de nuestra vida, como una

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes,
Ciencias y Educación.
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno	oro am.) \$ 6.00

Avisos:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro
la inserción.

En el contrato semestral de Avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

estrella azul se asoma a ver las tristezas de la tierra.

El Mínium Vital, amigo Uriarte, es la doctrina de Henry George, de Tolstoy, de Bondaref, de Carlyle, de Eliseo Reclus, de Pedro Kropotkine, de Edward Carpentier. Y sobre todo, es la doctrina de Jesús.

Yo no hice más que darle un nombre nuevo, y estoy adaptándola al medio, y formulándola de manera que la comprenda el mayor número.

Ahora he suspendido esa propaganda, porque la Censura, obedeciendo a enormes presiones de gentes que se imaginaron iban a ser despojadas de sus riquezas, nos prohibió continuar escribiendo sobre el *Minimium Vital*, sopena de no sé qué atrocidades inminentes.

Pero no he hecho sino una leve parada en el camino. Ya continuaremos.

Alberto Masferrer

(Patria, San Salvador.)

Por la sangre de nuestros antepasados...

Por la sangre de nuestros antepasados, cada uno de nosotros ha prometido mantener nuestra autonomía y desarrollo individual bajo la libertad y orden, como la única base sobre la cual debe descansar la sociedad humana.

(Del discurso de Hoover, en Amapala)

Referencias:

¡Hermosa palabra esta de re-crear! El vocablo *recreo*, *re-creación*, aplicado al juego, lleva ya en sus entrañas la doctrina toda de Schiller sobre el Arte⁽¹⁾, re-creación de la creación. ¡Cuánta filosofía inconsciente en los redaños del lenguaje! Todavía habrá que remozar la meta-física en la meta-lingüística, que es una verdadera meta-lógica. —Cita de M. de Unamuno.

¿Quién es el autor de *La Imitación de Cristo*? ¿Quién ha podido escribir estas páginas tan intensas, tan trágicas, tan henchidas de ternura? El autor de *La Imitación de Cristo* es desconocido. —Cita de Azorín.

Solicite a

León Sánchez Cuesta

Librero

10, Rue Gay-Lussac, 10

PARIS (v e.)

el *Repertorio Americano*

Nosotros

Revista mensual de Letras, Artes, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUST

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Administrador: DANIEL RODOLICO

Oficinas: LIBERTAD N.º 747.

Exterior.....» 8.00 dólares

BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

(1)—Léase: *La educación estética del hombre*, por Federico Schiller; en la COLECCIÓN UNIVERSAL Calpe, Madrid.

Admirable por su ciencia, don Marcelino Menéndez y Pelayo lo fué aún más por el vigor de su espíritu, en perpetua plenitud y en renovación constante. Su *Historia de las ideas estéticas en España*, inconclusa como la mayor parte de sus empresas, me parece su obra maestra. Es la mejor historia de la crítica, dice George Saintsbury en la suya. Es la mejor historia de la estética, dice en la suya Benedetto Croce, estimándola fundamental para los escritores españoles, superior a cualquier otra para el estudio del platonismo en la Edad Media y en el Renacimiento e insustituible en la exposición de la estética francesa. —Cita de Pedro Henríquez Ureña.

Etimología:

Permítaseme emplear el vocablo *típico* en su recto sentido. De ordinario se le usa con la significación contraria a la debida. Por lo *típico* se entiende lo diferencial entre

una cosa y otra, cuando es más bien lo común, lo que corresponde a un *tipo* o *clase general* de cosas. Así, la fisiología suele hablar hoy de la digestión típica (en general, de funciones típicas); consiste ésta en el conjunto de reacciones y movimientos que han de realizarse en toda digestión normal. Cita de J. Ortega y Gasset.

Testimonio.—A pesar de su moderación, Solón comprendió que su presencia en Atenas perjudicaría la libre expresión del sentir de sus conciudadanos y dificultaría la evolución de sus facultades como miembros de un estado libre. Es aquella fórmula del Evangelio: para que el grano germine, es menester que se pudra en la tierra. Solón no podía morir, ni nadie deseaba su muerte hasta el punto de asesinarle, por lo que determinó desterrarse voluntariamente de Atenas, pidiendo permiso para una ausencia de diez años. —Cita de José Pijoán.



El traje hace al caballero
y lo caracteriza

y

La Sastrería

La Colombiana

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
o al contado.

Hay un inmenso surtido de casimires ingleses. Operarios competentes para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Frente al Pasaje Jiménez
contiguo a la Botica Oriental

San José. C. R. — Teléfono 1283

Los hombres de mejor gusto y más elevada cultura cuidan de su buena apariencia.

LA SASTRERÍA AMERICANA

es la llamada a vestir a toda persona distinguida; porque los trajes que se confeccionan en este taller son garantizados como los mejores del país.

He establecido un *Club de trajes* de insuperable calidad por acciones de ₡ 4.50 c/u.

Una oportunidad para obtener el vestido mejor hecho.

Busque los casimires de la SASTRERÍA AMERICANA son los de más fina calidad.

J. PIEDRA & Hno.

Lado Oeste de Foto Hernández

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica